

La Ilustración Artística



AÑO XXXIV

BARCELONA 12 DE JULIO DE 1915

NÚM. 1.750



EL GENERAL EXCMO. SR. D. PORFIRIO DÍAZ, expresidente de la República de México,
fallecido en París el día 1.º de los corrientes. (De fotografía. - Véase la página 464.)



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Matalobos*, por Ignacio Socías Aldape. — *El general Porfirio Díaz*. — *Melilla. Ocupación de nuevas posiciones*. — *La guerra europea*. — *Aranjuez. Homenaje a Santiago Rusiñol*. — *Monumento a Sol y Ortega*. — *Consagración del obispo Dr. Juan B. Luis Pérez*. — *Barcelona. La Semana Municipal*. — *La voca del hombre muerto* (novela ilustrada; conclusión). — *Barcelona. Visita del Nuncio de Su Santidad monseñor Ragonesi*. — *Homenaje a Hermenegildo Anglada*. — *Mausoleo al general Cervera*.

Grabados. — *El general Excmo. Sr. D. Porfirio Díaz*. — Dibujo de J. Basté, ilustración al cuento *Matalobos*. — *Monumento funerario*, obra de Juan Dammann. — *El heredero*; *Hacia el mercado*; *El mercado de los gallos en Barcelona en vísperas de Nochebuena*, obras de Feliciano Myrbach. — *Melilla. Ocupación de nuevas posiciones*. — *La guerra europea* (siete fotografías). — *Aranjuez. Homenaje a Santiago Rusiñol*. — *Boceto del monumento a D. Juan Sol y Ortega*. — *Dr. D. Juan Bautista Luis Pérez*. — *Barcelona. Solemne sesión inaugural de la Semana Municipal*. — *Visita del Nuncio de Su Santidad monseñor Ragonesi* (seis fotografías). — *Banquete celebrado en el Hotel Tíbidabo como homenaje al ilustre pintor Hermenegildo Anglada*. — *Boceto del mausoleo del almirante D. Pascual Cervera y Topete*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mil veces se tiene ocasión de recordar, por los incidentes de la vida moderna, cierta graciosa y profunda novela de Eça de Queiroz, titulada *A cidade e as serras*. Es una nueva paráfrasis del conocidísimo tema que resumen dos comedias de Bretón de los Herreros, si no me engaño: *De Madrid me voy* y *A Madrid me vuelvo*. Sólo que, en la narración del autor de *El Promo Basilio*, el enamorado de la civilización que sale de su aldea para recrearse en el espectáculo y la frecuentación del mundo culto, de la Europa que refina, acaba por aburrirse y cansarse de refinamientos y fililíes, y gozar extraordinariamente con la tranquila y sencilla vida del campo portugués.

En efecto, tantas invenciones como trujeron los Infantes de Aragón, tantas ingeniosidades y maquinillas hasta para facilitar el estornudo, lejos de facilitar complican hasta un grado indescriptible, y acrean una serie de preocupaciones y molestias peores que el mal que remedian.

Y las invenciones, por contera, son muy caras; (acaso sea su defecto menor).

* *

Repasemos algunos de los inventos maravillosos, que ya a nadie maravillan, y veamos cómo influyen en nuestra existencia.

He aquí, por ejemplo, el teléfono.

Conste que hablo del teléfono en Madrid. Es posible que en Barcelona esté mejor organizado y atendido.

En Madrid hay que tenerlo colocado lo menos un semestre: los semestres hacia adelante son intangibles; es decir que un señor que llegue a la corte el 1.º de noviembre, tiene que pagar ocho meses, dos sueltos y seis fijos, y si se va, por ejemplo, el 1.º de mayo, resulta que le sobran dos que no le es posible aprovechar.

Cuando se hace observar esta anomalía, tan perjudicial para los abonados, alegan las Compañías detalles de su mecanismo interior, que al público poco ni mucho le importan.

Que tienen establecida la recaudación por semestres... Pues que la establezcan por meses.

Lo mismo que pueden cobrar sueltos los meses que faltan para empezar un trimestre, ¿por qué no han de cobrar un semestre, ya que semestre ha de ser, que empiece el mismo día que empieza el abono?

Ahora bien: el teléfono se inutiliza con frecuencia; quedáis privados de él por tormentas, descomposiciones, averías múltiples.

Este riesgo debiera correrlo la Compañía. Quien lo corre es el abonado.

Nada se le descuenta por lo que pierde. No se le conceden días de gracia, o mejor dicho, de compensación...

Y en cuanto al servicio propiamente dicho...

No quiero repetir, por milésima vez, lo que tantas se ha dicho en la prensa y se oye a cada momento en las conversaciones particulares.

Confusiones de nombres y números; afirmaciones de no conocer a personas conocidísimas, abonadas al teléfono desde que se estableció; lentitudes des-

perantes en responder a las llamadas... ¿Quién no se ha lamentado de esto?

Se disculpan las faltas con que el personal es escaso y el trabajo mucho.

Pues pongan el personal que haga falta.

Así como así, nada tiene de barato el teléfono, y cuantas gestiones se hacen para lograr su abaratamiento, han logrado, hasta ahora, resultado negativo.

En cuanto a los teléfonos caseros, que se colocan para hablar de piso a piso, han sido para mí un desencanto, en el género de la novela de Eça de Queiroz...

Grande y vasta como es la residencia en que veraneo, el teléfono casero me resolvía un problema de comunicación.

Sólo que los aparatos son sensitivos para la humedad, Los dejáis en voz y los encontráis mudos. Y ¡lanzaos a buscar quien componga los aparatitos roncicos, mudos y enfermos de los bronquios!

Traer un obrero al campo no es grano de anís.

Ha pasado aquel tiempo en que un obrero no recelaba andar a pie una legua. Ahora hay que acarrearles en coche.

Y ni en coche vienen. Hoy, porque tienen otra labor; mañana porque se ha aumentado la familia; pasado mañana, porque hay en el pueblo toros o cañas, se retrasan mes y medio, hasta que un día, inopinadamente, se presentan, con las manos libres y el semblante interrogador.

¿De qué se trata? Ya se han olvidado. Saben que algo queríais, pero no saben qué.

Por lo pronto, no harán más que examinar la obra, y otro día volverán, con el material y los chismes necesarios...

Pero, ¡ah! Es el caso que vuestro teléfono ya no sirve: hay que renovarlo del todo, substituirlo con otro mejor, porque, además de la caducidad, siempre fué detestable...

Os engañaron, ¡bah! En vano recordáis que lo habéis utilizado sólo seis meses, que os costó cien pesetas.

A reemplazarlo, con uno que cueste doscientas...

* *

Lo propio sucede con los timbres eléctricos.

Al regresar, ni uno solo encontráis funcionando. Obrero al margen, Y no se presenta, echáis diez memoriales a otros tantos *artistas*, y como si llamaseis a Cachano con dos tejas...

Entonces empezáis a pensar en algo bárbaro y primitivo, que substituya a estos adelantos imposibles de plantear con buen éxito.

Os acordáis de los buques, de los cuarteles, de las torres feudales, de los enormes ámbitos, de las distancias a que no llega la voz, y compráis una bocina, cuyos toques se escuchan en dos leguas a la redonda.

Ello no es muy culto, y hasta hace ladrar desesperadamente a los perros; pero en cambio tiene de elemental lo que el timbre de arduo y espinoso; y optáis por la bocina, que jamás está muda, ni se le rompe ningún hilo.

No es solamente lo arduo, sino cierta humillación que sufrís, cuando llegáis a convenceros de que, para estar a la altura de vuestra época, os es indispensable aprenderos química, física, mecánica y otras ciencias. Si no, viviréis rodeado de misteriosos peligros, y privado de cuanto reclama la comodidad.

El agua que antes brotaba débil del grifo, de súbito se retira y os obliga a llamar precipitadamente al fontanero; el gas se fuga sin que sepáis por dónde; la electricidad os amaga con sus amenazadores contactos y sus circuitos siempre dispuestos a daros la sorpresa del incendio fulminante; tantos y tantos accidentes que surgen cuando menos se piensa, y cuyas causas no supierais definir...

¿Verdad que se suspira por la edad de oro, aquella en que con rojos pimientos, ajos crudos, una cabaña y un candil, todos tenían que contentarse, porque no conocían nada mejor, y cuando se ignoran los refinamientos, carecer de ellos no es privación?

Mil y mil veces lo he pensado: hoy la vida humana se ha enriquecido, ampliado, intensificado en el bienestar; pero también se ha enmarañado de tal suerte, que no osaría yo creer que somos más dichosos que antaño.

Desde luego, el bienestar esclaviza.

Se vive pendiente de la apariencia, de lo bonito, de lo elegante, y lo mismo en la mesa, que en la ropa, que en cada pormenor y menudencias, hay que atenerse a reglas y leyes que nos sujetan doble porque las hemos dictado nosotros mismos, y las acatamos instintivamente, como si las hubiese promulgado alguna divinidad.

Llegamos al extremo de ser desgraciados si las baratijas de nuestro tocador no están en fila, alineadas correctamente, reluciendo mucho el acero y más aún la plata...

Y no son tales preocupaciones signo de una gran fortuna, de una alta posición: esta fiebre del confort y la distinción y la corrección y la perfección la padecen ya personas modestas, cuyo estado económico debiera eximirlos de tales tiranías.

Como dijo algún sabio eminente, ya no hay clases. Pero el bolsillo es terriblemente jerárquico, y desear mil monerías sin dinero, es una fuente de pena...

Y si no se quiere que sea pena será al menos preocupación, contrariedad, que, a la larga, se traduce en depresión del ánimo.

Nuestra grandeza, en lo pasado, se apoyó en nuestro estoicismo, en el desdén de las apariencias y de los goces.

Hemos perdido, con otras varias, esa preciosa cualidad, y nos sirve de tortura el que un extranjero nos dé fáciles lecciones de cómo se vive, si se ha de vivir bien.

A semejanza del héroe de Eça de Queiroz, buscamos fuera de nuestra patria el modelo de la vida.

* *

Por mi parte, todo aquello que es adelante me gusta naturalmente, y soy a ello inclinada; pero vec los adelantos en su aspecto de cultura íntima, no en el de exageración de un confort que no hace feliz, porque causa una ansiedad continua y una tensión violenta.

Así, en España, el confort importe que sea un confort españolísimo.

Lo que el país produce sin esfuerzo, eso debemos comer, eso debe adornar nuestras casas, eso aplicarse a los infinitos usos de la vida doméstica.

Nada iremos perdiendo, porque casi siempre en España las primeras materias son superiores y se adaptan a cuanto podamos necesitar.

Ya producimos Champagne excelente.

Nuestro mobiliario típico es el más bello del mundo.

Nuestros guisos son muy sabrosos.

Nuestras razas de aves, nuestras frutas, gran parte de nuestras hortalizas, ponen la ceniza en la frente a no pocas del extranjero.

En todo aquello que podamos, vivamos sobre nosotros mismos, sin que por eso rechacemos nada de lo bueno de fuera; pero huyendo de jerigonzas y tiquis miquis enredosos.

Hoy existen máquinas para todo; bien pocas sirven de nada.

La mejor máquina es la mano del hombre. Debemos conciliar la ciudad y las sierras, y simplificar.

Y no nos descorazonemos, aunque veamos que — como acaba de suceder — un pueblo español se amotina al grito de «¡No queremos escuela!» y apedrea al maestro, y le administra una paliza soberana...

Al parecer, ese pobre maestro había pagado, de los *dieciocho duros* anuales de su menguado sueldo, los libros y cartones que la escuela exige, ¡y su recompensa fué un semilinchamiento!

Al lado de este hecho propio de una tribu salvaje, pongamos otro más atroz, el degüello de un niño para que un tísico se cure bebiendo su sangre caliente!

Esto, que ya ocurrió hace años, y en Gádor, leo ahora que ha vuelto a pasar en otro pueblecillo... Tragedia propia de las cuevas donde el hombre primitivo quizás se alimentaba con la nefanda comida de Atreo...

Pues a pesar de tales cosas, no hay, lo repito, que descorazonarse.

Me lo digo a mí propia, que frecuentemente siento impulsos de entregarme al pesimismo. Después, reacciono; mi carácter activo y animoso recobra su tensión...

No es, por otro lado, el momento presente aquel en que España debe sentirse más reñida con el destino.

La guerra no devasta sus campos ni ensangrienta su territorio.

Lo único que tiene un matiz siniestro, es el temor a la epidemia.

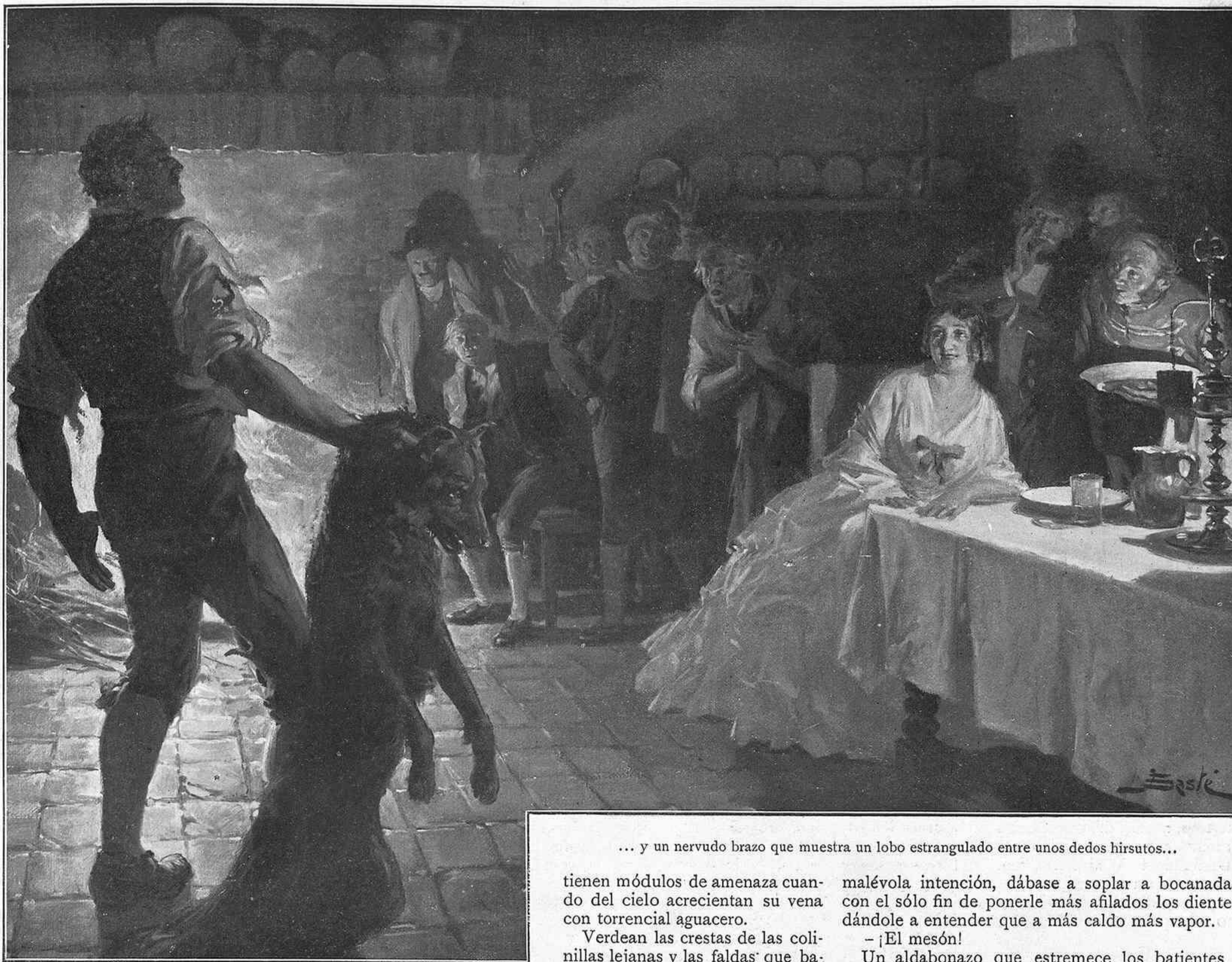
El cólera, en Austria, asoma su amarilla faz, y ya en los puertos parece que se han adoptado precauciones.

Esto es lo peor, lo más alarmante...

Esperemos que el llamado en otros tiempos «huésped del Ganges» se alejará, vencido por las medidas higiénicas.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

MATALOBOS, POR IGNACIO SOCÍAS ALDAPE, dibujo de J. Basté



... y un nervudo brazo que muestra un lobo estrangulado entre unos dedos hirsutos...

Allá en el recodo brusco de la carretera, como para recordar al viandante que viven unos enjutos y tostados sarmentosos lugareños de que no sólo es vida en tal paraje la verdor de los herbachos que asemejan botón de retoño de las piedras, asoma su techumbre el caserío. Unos tejones calcinados por el implacable sol. Unas ventanas mezquinas cegadas por chillonas cortinas. Un caserón vetusto, arcano de polvo de los siglos, con sendas ojivas, con ornatos churriguerescos, con reminiscencias de todos los estilos: trofeos históricos, blasones a modo de testigos mudos de sus feudales moradores de antaño, a los que en añoranza va acercándose, a confundir sus paredes calcinadas con las cenizas de sus señores, en tanto que pesado y chirriador como los arcones antiguos, sirve de mesón.

El viento levanta una polvorienta nube que nimba el lugar. Y en la monotonía del tiempo, de la luz y del terruño, aparece el caserío envuelto en sus propias cenizas.

Canta una voz con dormilona cadencia, como rimando el paso de la yunta que arrastra el arado que surca la tierra. Los surcos se pierden en lontananza inflexibles, y sus matices de siena siempre iguales se juntan a lo lejos con el azul profundo de tonos amarillos.

Un yunque de quejumbrosa estridencia, un reloj de sol que sombrea unas cifras que el tiempo va borrando y un cansino badajo tañe unas horas que se difuman, perceptibles hasta su última vibración. Es la monotonía de siempre; la que la campana del reloj mide con sus remembranzas del tiempo, en lo alto de la única arrogancia del lugar - del campanario - donde la veleta y la espiga, torcidas como en tortura de vivir tanto, agradecen al moho generoso el trabajo libertador que ha de acabar con tal monotonía.

El río culebrea con la misma cadencia dormilona, socavando la roja greda de la sima. Sus ondas sólo

con montes poblados de pinares y encinares tan lejanos, que sólo cuando azota Aquilón su copuda masa llega hasta el lugar un murmullo como de almas en pena. Entónces es cuando chirria la veleta, se estremecen las vigotas artesonadas del caserón, mientras en torno de la llama del hogar musitan una oración los creyentes.

Chisporrotea la leña, hácese el silencio y al ladrido del mastín en el redil laten los corazones con ritmo azorado y un estremecimiento agrupa a las gentes como ovejas temerosas...

Sólo Matalobos abre la puerta, vase al acecho y a su pisar asentado y firme las losas se remueven en su alvéolo.

Fuera, la nieve cae silenciosa, suave y mullida como un lecho de muerte...

El cascabeleo chillón de las caballerías va haciéndose más distinto. La tralla pregona impaciente la prisa que lleva quien se acerca al lugar en noche tan perra.

Sobre la densa obscuridad, la luz mortecina de los faroles deslumbra, y dibuja una forma humana, tallada, que se interpone en la carretera. Es Matalobos.

- ¡Arre! ¡Chalana! ¡Oooh!

- ¿Sabéis si estamos cerca de X, buen hombre? Con esta condenada nieve no hay quien sepa dónde va, masculla el trallero.

- Pues, torciendo a la derecha hallaréis el mesón mismo, que allá voy yo.

Y así diciendo encamínase Matalobos, seguido de los caballos; y el resuello de los de reata le caldea el cogote de puro cerca que le coge, lo que le da que pensar (y no va desencaminado) que al del pescante pudiera muy bien sugerirle la imagen del vapor que escapase de un puchero. ¡Bendita cosa que Dios trajo a la tierra para contento de aquellos a quienes el frío infundiese hambre canina! Y así, con

malévola intención, dábase a soplar a bocanadas, con el sólo fin de ponerle más afilados los dientes, dándole a entender que a más caldo más vapor.

- ¡El mesón!

Un aldabonazo que estremece los batientes y hace caer unas piedrecillas desmenuzadas. Chirrian unos cerrojos...

- Esta vez no son lobos. Gente de alcurnia que busca con que yantar y reposar...

Curiosa mueve unos ojillos suspicaces la hostelera sesentona al abrir de par en par las dos hojas de roble que cierran el patio, alzando a ras de vista un candil que dibuja su perfil decrepito.

- A la paz de Dios; seáis bien llegados bajo mi techo. Entrad.

Chapotean las herraduras en el laberinto de piedras del patio; baja del pescante un engalonado lacayo, abre la portezuela y ante las líneas de mujer que aparecen, la vieja ahoga una exclamación porque ha sido joven..., y Matalobos boquiabierto piensa asistir a un cuento de hadas. La ha mirado una vez y no se atreve a mirarla de nuevo...

Su leve pie al descender cae como la nieve, como un copo; no se la oye pisar. Su cabello debe ser de oro. Deja perfumada estela. Entra en el camarachón destartado.

- Buenas noches.

La timidez de las sencillas gentes pónese en conmoción y alguno que dormitaba se despereza y vase al rincón más oscuro, cabe el gato.

- Santas y buenas noches, contestan a coro, apresurándose a ofrecer sillas y escabeles.

Luego todo vuelve a su mansuetud. Destácanse los curtidos y rugosos rostros de los foranos, que parecen encendidos en la llama que chisporrotea...

- Calientese la señora y pare cuenta en que sus manos de nieve pueden derretirse al fuego, lisonja que se le escapa a Matalobos entre la general extrañeza de sus camaradas, de puro acostumbrados que los tiene a su natural rudo; y en los rostros apunta una sonrisa burlona cortada en su raíz por el gesto iracundo del galante osezno.

- Llevo apetito, dice la linajuda, mientras desafía con la mirada los destellos ansiosos de la de Matalobos.

Solicita mientras va y viene:

— Pues aquí no tenemos cosas finas de la villa, pero en cuanto a sano..., dice la hostelera, en tanto que uno de los engalonados de la servidumbre descalza los pies de la primorosa, lo que sugiere a Matalobos: que bien pudiera él entrar al servicio para poder hacer tales cosas con tal prodigio.

La vetusta mesa de robledeñas patas salomónicas y ancho y recio tablero, cubierta de blanco mantel, brinda lo más apañado de la alacena, con tarros repletos de sabrosa miel, de buen vino y el buen queso rezumando grasa de puro substancioso; todo exento de mercaderes apaños.

A punto de hincar los dientes en el candeal alimento de cada día, óyese un ladrido seguido de unos balidos quejumbrosos, y en el chamizo del mesón resuena gutural, bronco, un grito:

— ¡Los lobos!

Matalobos asiente con maquinal movimiento de cabeza y lánzase a lá puerta; su mano levanta ya la aldaba.

— Voy por ellos.

— No, gritan las voces ahogadas por el terror.

Algunos mozos quieren seguirle.

— No, modula la dama con acento indefinible.

Matalobos, al sentirse aludido, yérguese, clava los ojos en la mirada que le absorbe como un abismo. Por sus venas corre el fuego que enciende el heroísmo.

— Me verá héroe, piensa.

Los mozos han asomado la cabeza; retroceden aterrorizados.

— ¡Son una manada!

El cuchillo de monte brilla con relampagueos siniestros en la diestra del temerario.

— Mi señora, tendrá un lobo muerto por éstas, dice mostrando sus hercúleas manos.

Una ráfaga de aire frío, que corta como un cuchillo, entra a tiempo que de un portazo Matalobos desaparece tras el batiente.

¡Tic, tic, tic, tic, tacl, marca el reloj el tiempo; cada minuto parece un siglo, cada pecho parece el fuelle de una fragua. Los ojos quieren traspasar los muros, quieren adivinar.

— ¡Ahora!

Un concierto horrible; las viejas lo comparan al paso de las brujas algún sábado a las doce.

Ladridos, aullidos, estertores, rodar de cuerpos.

— ¡Ah! ¡Qué sobresalto!

Golpes en la puerta...

— Soy yo.

Es Matalobos que vuelve. La puerta se abre y encuadra un rostro congesto: las ropas hechas jirones que descubren una musculatura hercúlea; y un nervudo brazo que muestra un lobo estrangulado entre unos dedos hirsutos, velludos, de una mano cerrada como una tenaza formidable. Unos ojos que brillan con expresión de triunfo y un rugido más que voz que masculla:

— No sé, el cuchillo se perdió... en el vientre de uno... No..., no he podido hacer otra cosa.

Y suelta el ensangrentado despojo a los pies de la bienquerida:

— Mi señora, lo que dije.

Duerme Matalobos en un camastro con el sueño del hombre que acaba de hacer un esfuerzo sobrehumano. Duerme sobre el camastro que tiene tantos lustros como la estancia.

Por las fisuras de la ventana y del postigo, hiere como el acero el soplo del cierzo.

Duerme el que siempre ha tenido sano el cuerpo y la mente; el que bravo no teme, bajo el dosel que forman las telarañas empapadas de polvo centenario, bajo los tejones que dejan ver, en noches claras, la luz de algún lucero. Sueña en cosas que nunca imaginó.

¡Qué mal reposa esta noche Matalobos! Los ojos

cerrados, el alma despierta... Parece que oye el chirrido de los goznes de la puerta del chamizo.

¿Y este aliento perfumado que caldea su rostro curtido? ¿Y la molicie de unos labios calinos, latientes de deseo, dulces como mieles y ardientes como

Matalobos, apoyado en el quicio, cree soñar. Todavía en sus labios guarda el perfume que ha sido filtro venenoso para su tranquilo espíritu.

La campana tañe unas horas...

Ya no se ve el coche..., sólo quedan las manchas negruzcas. Así está su alma.

Cuando el lobo aúlla, cuando los mastines ladran fieros y las ovejas balan, ya no sale Matalobos; se esconde en el rincón más obscuro.

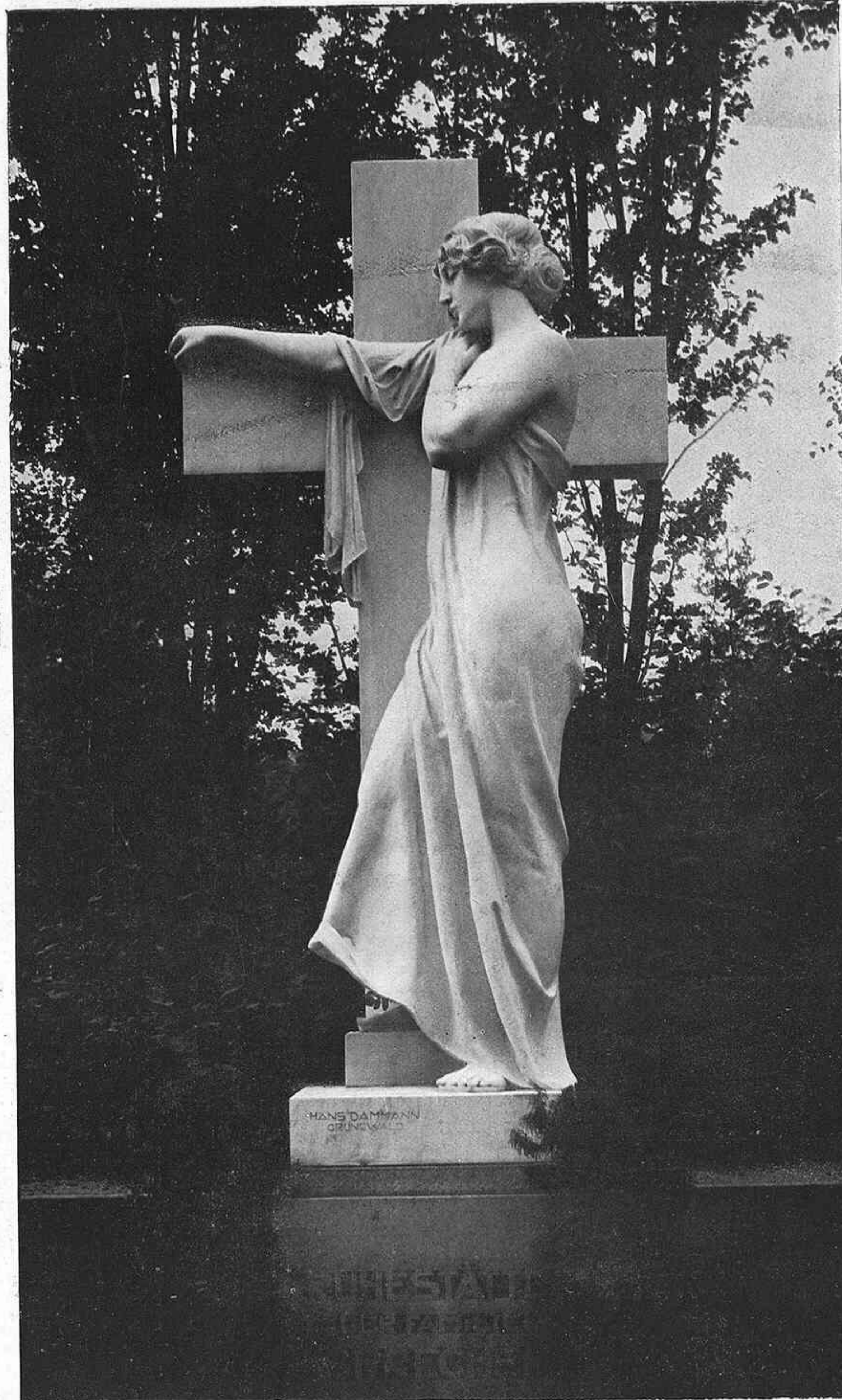
— Ya no es lo que era, dicen los zagales.

Él revuélvese iracundo, secando el rostro sudoroso, a pesar del frío, y esboza un beso sobre sus mismos labios. ¡Aun siente un perfume! Cruza los brazos sobre su pecho, a tiempo que la sesentona masculla:

— Es el mismo, sólo que le entró una chispa de fuego por la vista y le ha quedado en el alma.

Ella bien lo entiende, nadie más, puesto que todos lo creen embrujado.

Chisporrotea la llama y hace brillar una lágrima que cae por los curtidos carrillos de Matalobos.



Monumento funerario, obra de Juan Dammann

el fuego que buscan los suyos?.. Mucho tiempo, mucho tiempo, largo: un beso que enciende su alma. Un regazo de princesa que lo atrae... Un delirio... Una voz de música leve y arpada:

— Por el lobo.

Matalobos se incorpora; óyense leves pisadas en el pasadizo.

— ¡No, no, no es sueño!

De cualquier modo se enjareta el calzón y la chaqueta. Sale tras la visión, sueña todavía, ardiente, iluso.

— Es ya día.

Claro, ardiente sol que fundirá la nieve. Bajo el azul puro brilla sin tacha la immaculada blancura; en el fondo hay manchas negruzcas. Sangre de Matalobos y de lobo, vertida ferozmente.

Aun siente en sus labios el calor de los otros.

En el patio suena cascabeleo y crepita la tralla.

— ¡Ohé, ohé!.. ¡Chalana!

Los peldaños ceden a su cuerpo pesado, saltando las gradas de cuatro en cuatro...

La silla de posta, los engalanados lacayos, un brazo más blanco que la nieve que hace ademán de despedida...

Las gentes del lugar, que en el umbral de la puerta dicen «¡Adiós!»

EL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

A la edad de ochenta y cinco años ha fallecido en París el general Porfirio Díaz, expresidente de la República de México y una de las personalidades más prestigiosas no sólo de su país, sino también de toda la América latina.

Nació en Oaxaca, hijo de familia modestísima, y a la edad de tres años quedó huérfano de padre. Su madre pensaba dedicarlo a la carrera eclesiástica, y Díaz, secundando los deseos maternos, entró en el Seminario de su villa natal, en donde permaneció hasta los veintidós años; pero cuando se disponía ya a recibir órdenes, comenzó a frecuentar las aulas de la Universidad y como consecuencia de ello abandonó sus estudios eclesiásticos y abrazó la carrera de Leyes, que cursó con extraordinario aprovechamiento, desempeñando como auxiliar algunas cátedras, y dando lecciones y conferencias particulares a fin de contribuir al sostén de su familia.

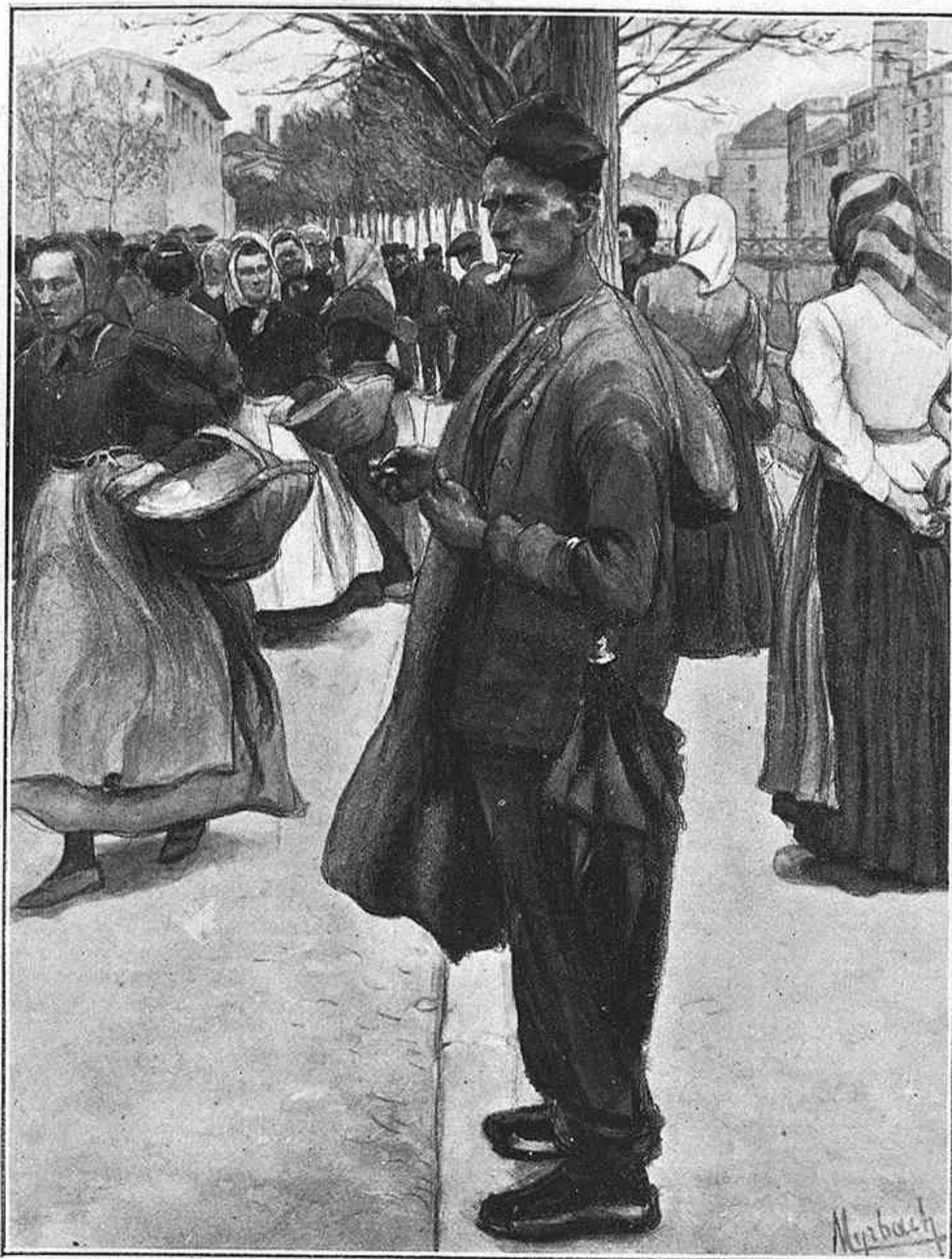
Poco después, cuando el pronunciamiento contra la reelección del presidente Santa Ana, entró en la milicia; y terminado aquel movimiento, tomó parte sucesiva-

mente en las guerras contra los Estados Unidos, contra los franceses y contra el Imperio, revelándose entonces su espíritu militar y al mismo tiempo sus relevantes dotes de hombre de Estado y diplomático.

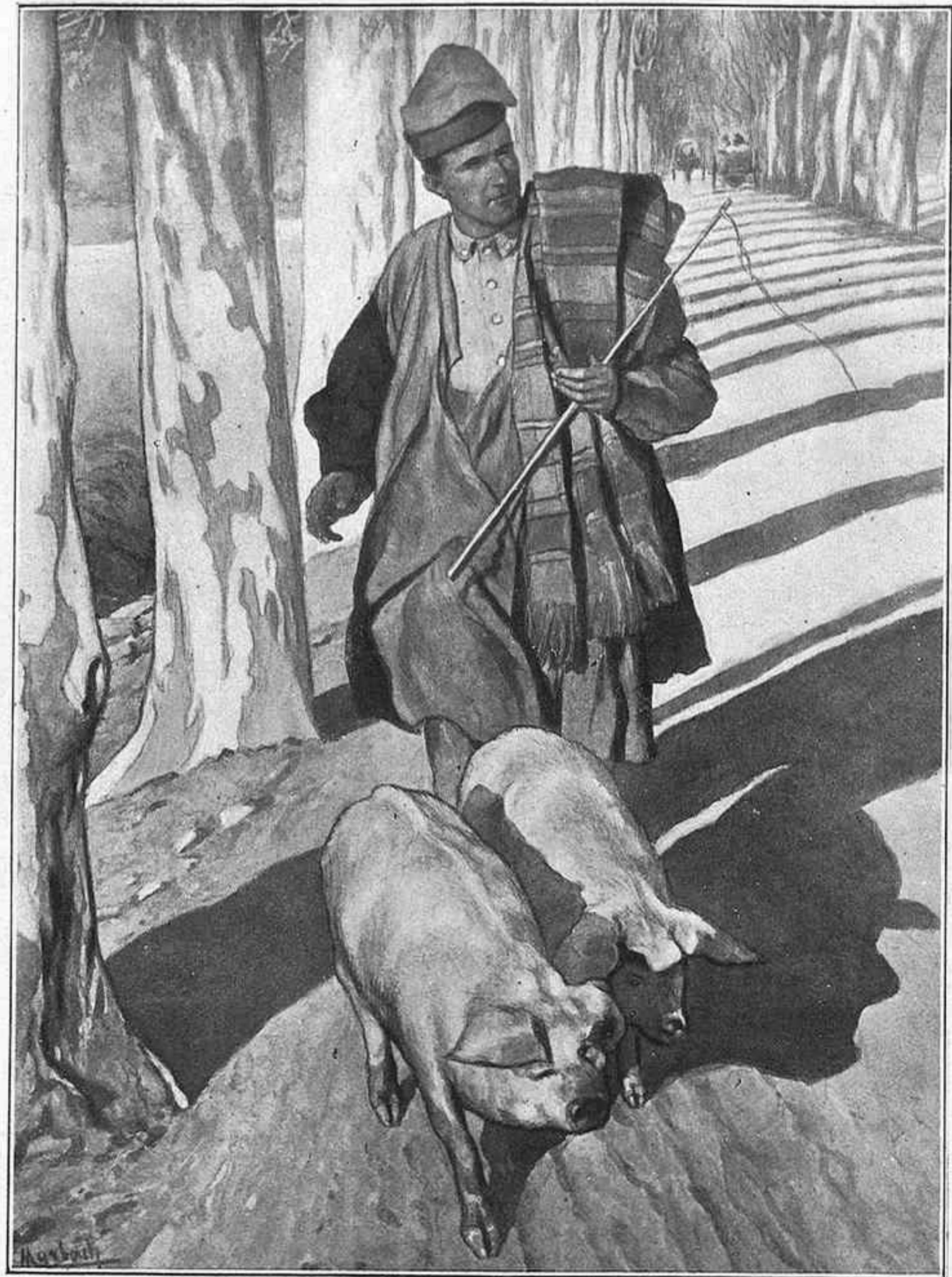
En 1867 se retiró a la vida privada, pero cuatro años más tarde volvió a empuñar las armas para combatir al gobierno de Juárez. Muerto éste, Díaz se puso a las órdenes de su sucesor, Lerdo de Tejada, y ocupó un asiento en el Congreso; mas habiendo Lerdo aspirado a la reelección, levantóse contra él y consiguió derrotarlo, ocupando en noviembre de 1876 la ciudad de México. Aquel mismo año fue elegido presidente de la República, cargo en el que cesó en 1880, para el cual fue nuevamente elegido en 1884 y que, en virtud de sucesivas reelecciones, desempeñó hasta 1911, en que triunfó la revolución acaudillada por Francisco Madero.

Porfirio Díaz vino entonces a España con la esperanza de que su alejamiento de México devolvería la tranquilidad a su país, esperanza que, desgraciadamente, no pudo ver realizada.

El largo período de su presidencia puede señalarse como uno de los más venturosos y prósperos de la historia mexicana, pues durante él se restauró la hacienda pública, se construyó una vasta red de ferrocarriles, se consolidó la paz interior y se mantuvieron relaciones cordiales con todas las naciones.



El heredero



Hacia el mercado



El mercado de los gallós en Barcelona en vísperas de Nochebuena. (De fotografías de F. Serra.)

(Véase la descripción que de estas obras hicimos en el número 1.741 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.)

MELILLA. - OCUPACIÓN DE NUEVAS POSICIONES. (Fotografías de Lázaro.)

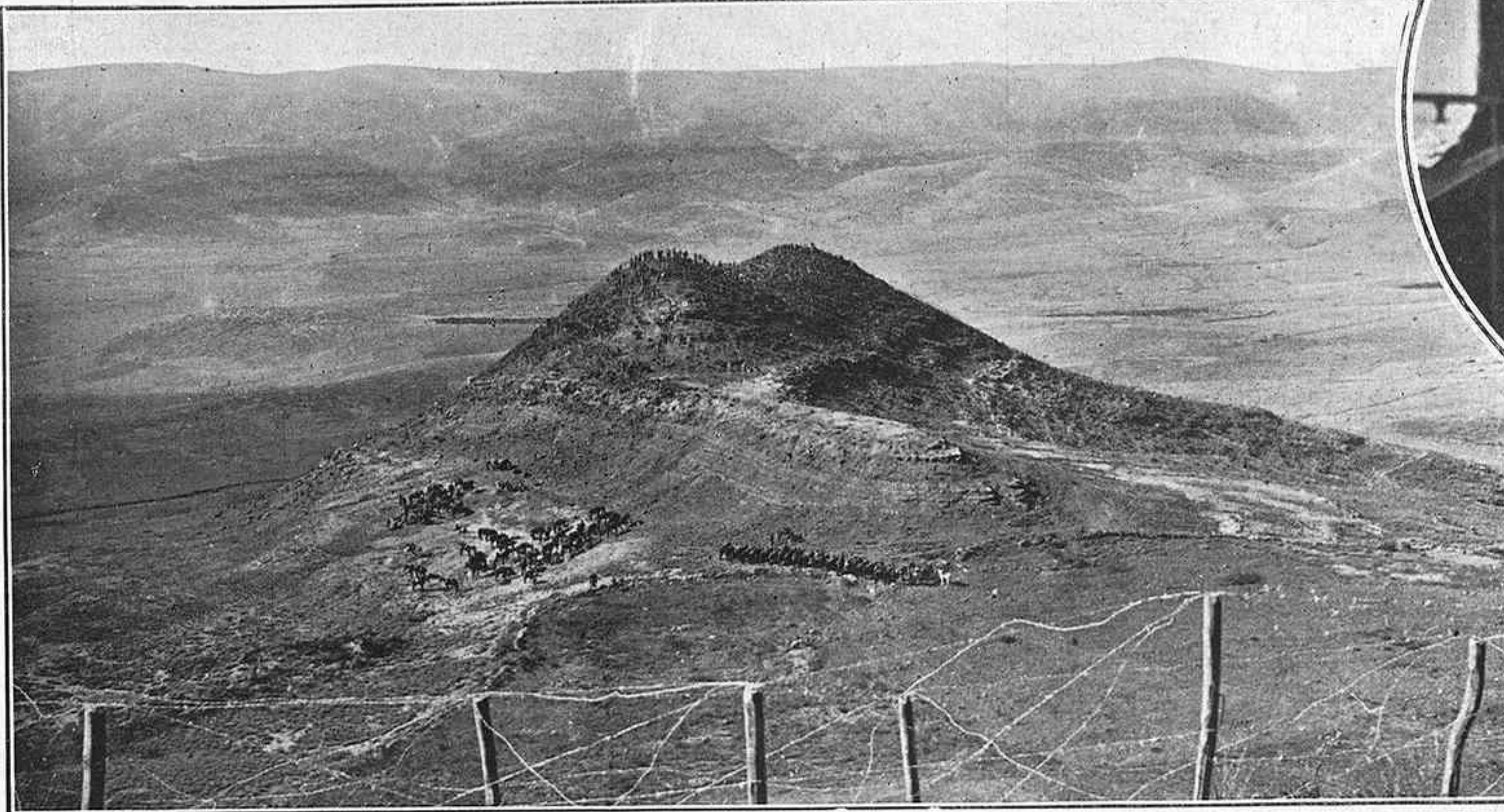
El día 29 del pasado mes de junio las tropas de Melilla realizaron una operación importantísima cuyo resultado ha sido apoderarnos de valiosas posiciones en el extremo occidental de los montes Ziata y que constituyen el complemento de la toma del Testutín efectuada hace cosa de un año. Gracias a ellas do-

y eficaz la protección prometida a los Ullad-Fetuma y a otras fracciones que se sometieron a España cuando fué tomado el Testutín y que se veían constantemente molestados por las incursiones de los Beni-Bu-Yahi y de los Ullad-Abd-Dain, gentes rebeldes y levantiscas; y nuestra presencia en aquellos lu-



El caíd Ul-el-Mir, jefe de los nómadas Ullad Fetuma, que durante las operaciones del año pasado juró vengarse de los avances de nuestras tropas y que gracias a la acción política ha mandado en esta última operación la jarca amiga que luchó en la vanguardia y en la que murieron dos primos hermanos suyos.

drich, el coronel Tomasetti y el general Villalba. La columna de fuerzas indígenas del centro, a las órdenes del coronel Ardanaz, encontró en el desfiladero que conduce a Usugat, posición que debía ocupar, con una seria resistencia de los moros; pero ayudada por la del general Fridrich y por la artillería de la del coronel Tomasetti, consiguió poner en



Montículo que se ocupó como avanzada para dominar la entrada al Guernau y los caminos que van desde la llanura del Garet a la fracción de los Ullad-Abdain, mandados por Burrahí



Columna de caballería avanzando para cubrir el claro que quedaba a la derecha de nuestras tropas entre Testutín y los montes Guernau a fin de impedir un ataque de la caballería de M^oTalza

minamos ahora enteramente la inmensa llanura del Garet, de grande y próximo porvenir agrícola; podremos hacer efectiva

gares será una temible y constante amenaza contra los disidentes del Guernau.

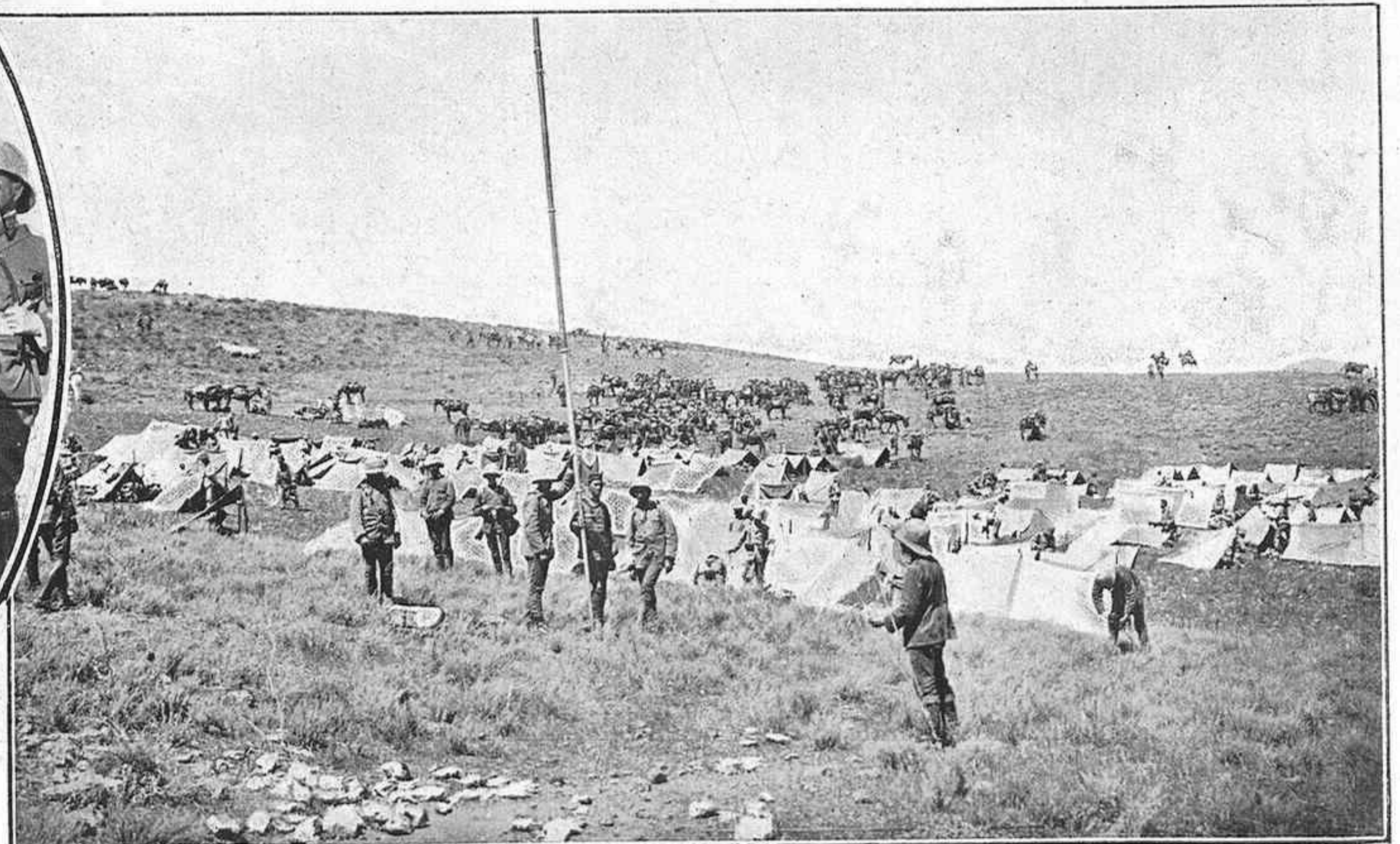
La operación ha sido hábilmente preparada y dirigida por el comandante general de Melilla general Jordana y ejecutada con gran precisión y arrojo por nuestras tropas. En ella han tomado parte las fuerzas indígenas divididas en tres columnas al mando del coronel Ardanaz, del comandante Sousa y del comandante Coronel, y agregadas a las tres columnas de tropas españolas que mandaban respectivamente el general Fri-

fuga al enemigo y adueñarse del macizo montañoso que constituía el objetivo principal de la operación.

Cuando a las ocho de la mañana el comandante general visitó la posición de Is-Usugat, ya estaban fortificándola los ingenieros; a las doce subió el general Jordana al macizo del Draat que había tomado la columna del general Villalba, y a las dos y media volvió a la llanura del Garet. Inmediatamente comenzó el repliegue, que se efectuó con el mayor orden, después de haber dejado guarnecidas las nuevas posiciones.



El general Jordana presenciando desde la llanura del Garet la retirada de nuestras fuerzas de los montes de Ziata después de haber dejado fortificadas las posiciones ocupadas.



Soldados de Ingenieros colocando una estación radiotelegráfica en una de las posiciones ocupadas para comunicar directamente con la plaza de Melilla



Soldado belga de la Cruz Roja entre las ruinas de su vivienda. Al salir de ella por la mañana, la casa se hallaba en buen estado, pero al volver por la noche la encontró derruida por efecto del bombardeo

LA GUERRA EUROPEA (1)

Los alemanes parece que han tomado la ofensiva en algunos puntos del frente del teatro de la guerra occidental, especialmente en el Argonne y en los Vosgos; pero casi en todas partes se han visto rechazados y únicamente en muy contados sitios han conseguido realizar muy pequeños avances. Así se desprende de los comunicados oficiales franceses, los cuales dicen que en el Argonne han sido rechazados violentos ataques en la línea que se extiende hacia Bagatelle, en donde los alemanes habían logrado asaltar algunos trozos de trinchera; en la carretera de Binarville a Four de París y en la de Binarville a Blanleuil; y en los Vosgos lo han sido también los realizados en la región de Metzeral, en la línea de Langensfeldkopf a Hilgenfirst y contra las posiciones de este último punto. Los alemanes, después de tres enérgicos ataques pudieron ocupar algunas de estas posiciones, pero sólo las conservaron una noche, pues a la mañana siguiente fueron reconquistadas por los franceses. También se ha combatido vigorosamente en otros sectores, habiendo los franceses contenido los ataques dirigidos contra las posiciones del camino de Ablain a Angres, de Souchez y del Laberinto, todos ellos en el Norte de Arás. En el bosque de Le Pretre, según confesión de los propios franceses, los alemanes han logrado volver a sus antiguas líneas, pero a pesar de todos sus esfuerzos no han podido avanzar más allá.

En los partes del cuartel general alemán se consigna que han rechazado un ataque inglés al Norte de Iprés y varios ataques franceses en el Laberinto, al Sudeste de Reims, en los Eparges, en donde los franceses han intentado varias veces, aunque en vano, recuperar las posiciones que habían perdido

(1) La dificultad que existe en las comunicaciones postales con Alemania y Austria nos impide recibir de aquellas naciones fotografías referentes a la guerra. Hacemos, sin embargo, todos los esfuerzos posibles para vencer esta dificultad y esperamos poder disponer en breve de informaciones gráficas de procedencia alemana y austriaca.

y en Souchez. Añaden que han tenido que evacuar las posiciones que habían tomado en Hilgenfirst, pero que, en cambio, en el borde occidental del bosque de Le Pretre han asaltado las posiciones enemigas en un frente de 1.500 metros y han tomado varias trincheras.

En el teatro de la guerra oriental, prosigue el avance de los alemanes y continúan los rusos resistiéndose tenazmente en su retirada, rechazando vigorosos ataques y causando a sus enemigos pérdidas enormes. Han sido tantos y tan continuados los combates que allí se han trabado en estos últimos días, que es materialmente imposible en una crónica como ésta, dar ni siquiera un resumen de las noticias contenidas en los partes oficiales de ambos beligerantes; pero de todas ellas se desprende lo que antes decimos. Como resultado de las últimas operaciones los austroalemanes ocupan parte del territorio ruso, especialmente en Polonia, y sólo les falta reconquistar una pequeña faja de Galizia para estar en posesión de todo lo que los rusos les conquistaron en el primer período de la guerra.

Los italianos dicen que en la Carnia se han apoderado de Zellenkofel, posición de gran importancia porque se eleva a 2.100 metros y domina el Monte Croce o paso de Zalltelnia; han tomado algunos atrinchamientos de Palgrande; han destruído un campamento enemigo en la localidad de Eder por bajo de la cuenca de Plocken; y han rechazado varios ataques contra Montecroce y Palpicolo y contra la meseta cárnica. En la misma región continúa el bombardeo de Malborgheto. En la región del Isonzo han ocupado y fortificado una

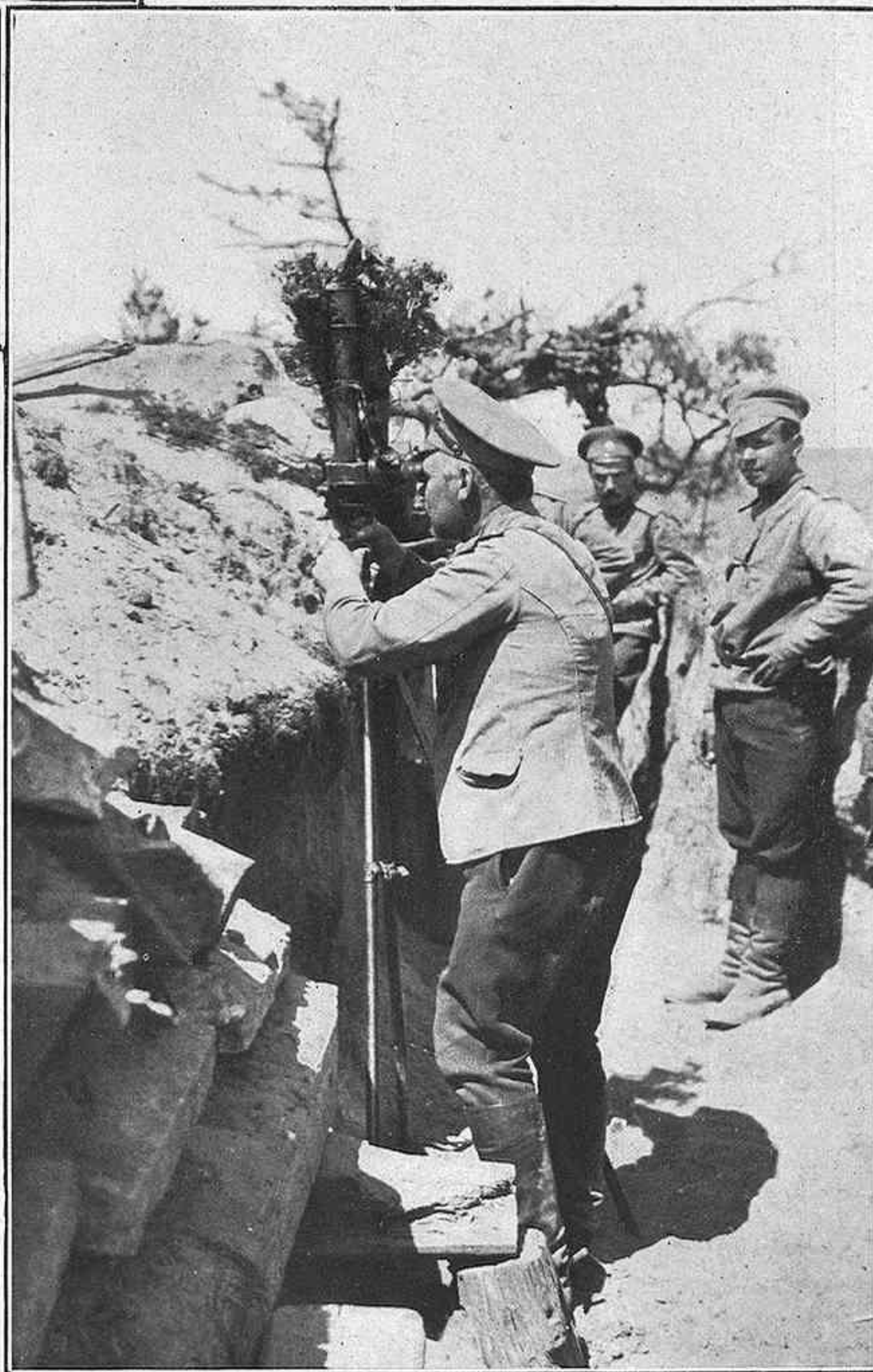
importante posición que domina la cuenca del Plezzo y han rechazado ataques dirigidos contra las posiciones del Este de Plava y de Castel Nuovo sobre la meseta de Sagrado.

A estas afirmaciones de los italianos oponen los austriacos las suyas de haber rechazado los ataques sobre Plava, en el sector de Sagrado-Monfalcone, contra el saliente de Palazzo, contra el puente de Goritz, contra el borde de la planicie de Doberdos y contra las posiciones al Oeste de Tolmino; y añaden que si bien el enemigo logró penetrar en las trincheras avanzadas al Norte de Monfalcone, no tardó en ser expulsado de ellas. Todas estas operaciones se refieren a la región del Isonzo.

En los Dardanelos no ha habido ninguna operación importante.

El general Gouraud, jefe del cuerpo expedicionario francés, ha sido herido por la explosión de una granada turca en una trinchera avanzada de los aliados.

Los serbios han ocupado Durazzo; a consecuencia de este hecho y de la ocupación por los montenegrinos de otras poblaciones albanesas, parece que las potencias de la Cuá-

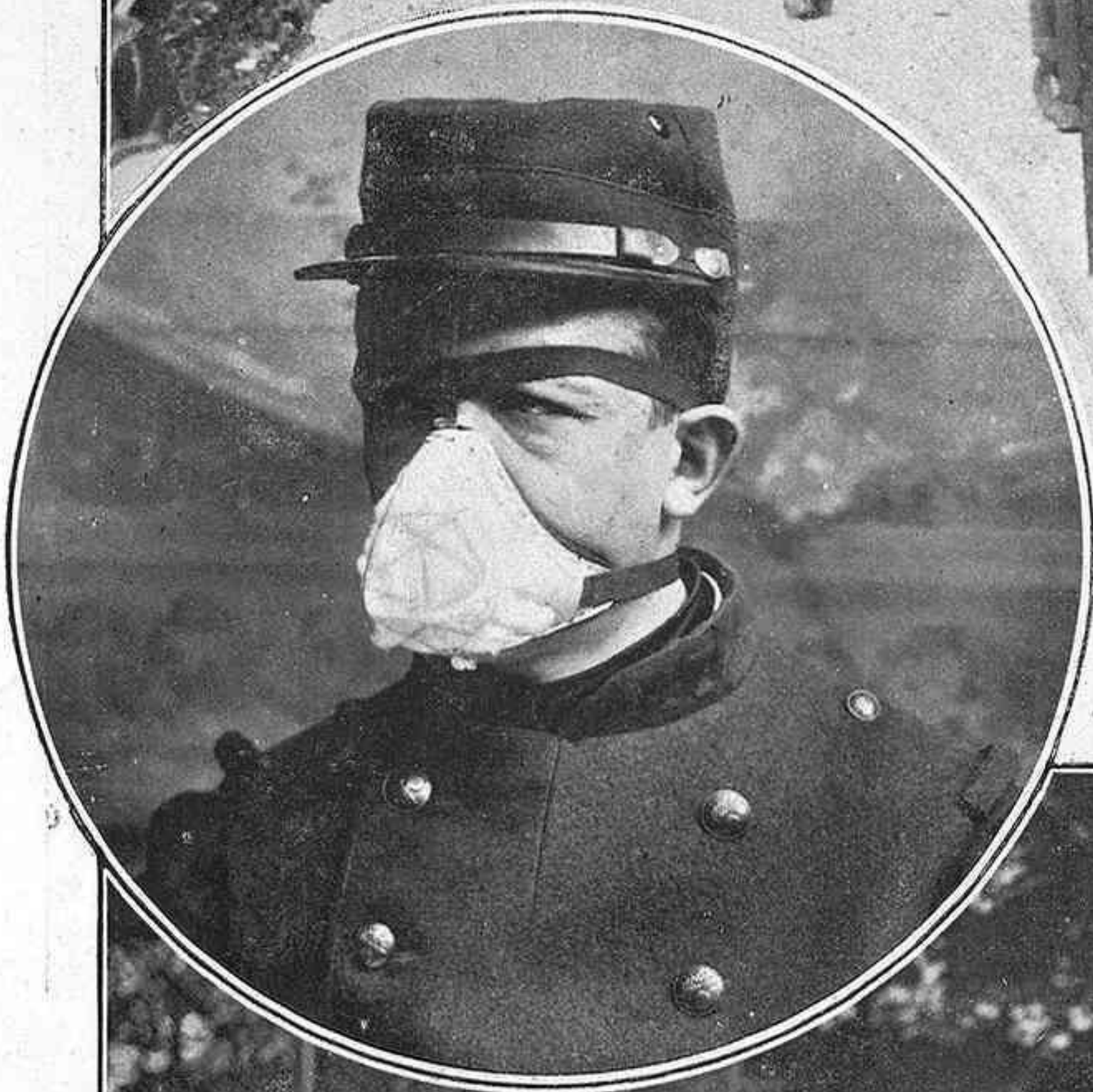


Oficial ruso observando al enemigo desde una trinchera por medio del periscopio

druple Inteligencia han decidido presentar una protesta a Serbia y Montenegro.



Soldados rusos que procedentes de las trincheras se dirigen a sus depósitos. A pesar de haber permanecido muchos días en la línea de fuego, no demuestran fatiga, antes bien su paso es verdaderamente marcial. (De fotografías de Carlos Trampus.)

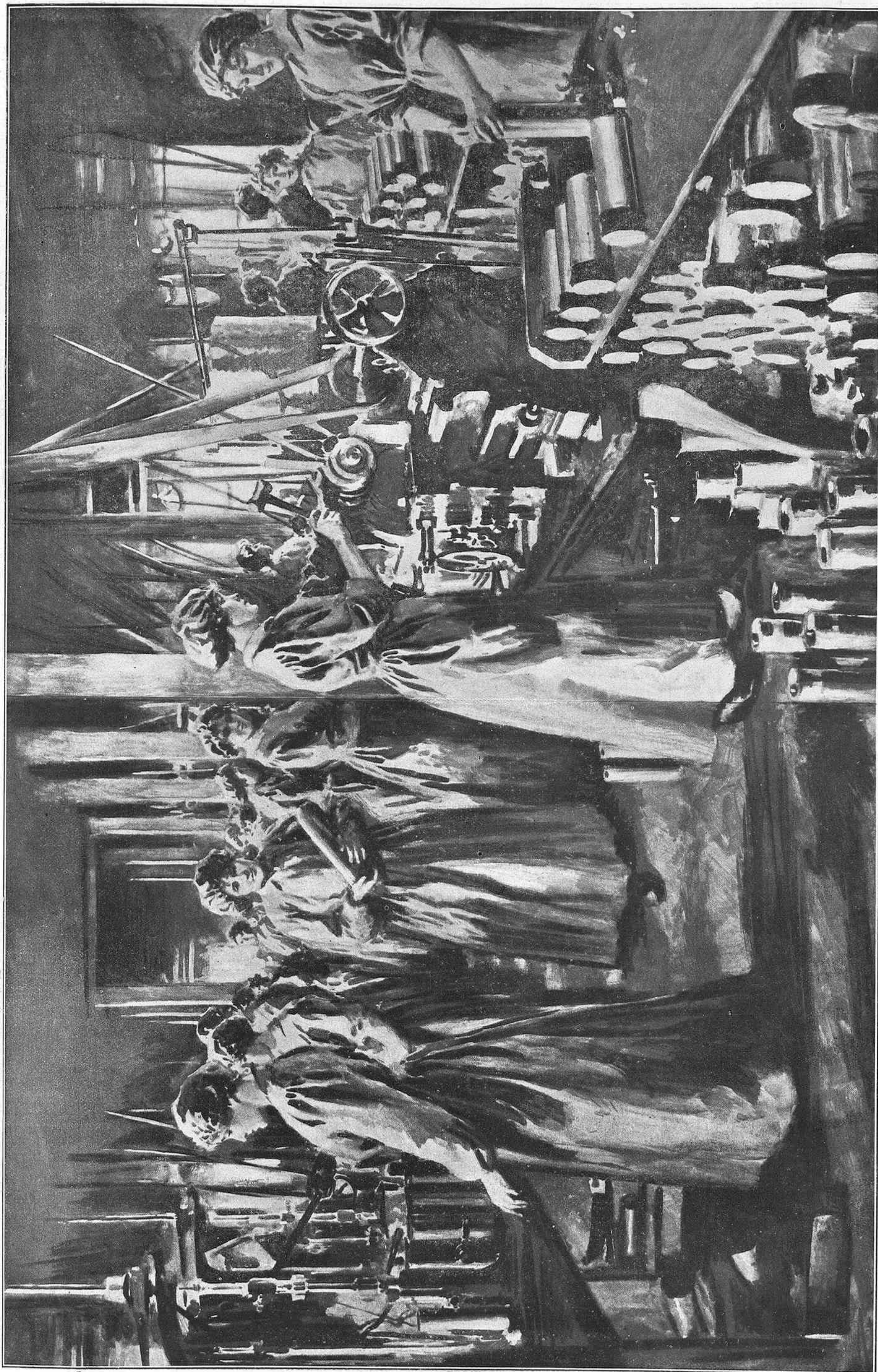


En una estación ferroviaria francesa. Una sección de la Cruz Roja preparando el té para heridos ingleses
Soldado francés provisto de la máscara respiratoria del Dr. Detourbe para preservarse de los efectos de los gases asfixiantes empleados por los alemanes



Heridos ingleses convalecientes visitando el Jardín Zoológico de Londres

LA GUERRA EUROPEA. - EL GRAN ESFUERZO INGLÉS PARA AUMENTAR LA FABRICACIÓN DE PROYECTILES



Obreras escocesas fabricando proyectiles y de las cuales ha dicho lord Kitchener que «la patria les está obligada por sus esfuerzos». Dibujo de A. C. Michael. (Reproducción autorizada.)

El llamamiento a los hombres y mujeres leales, para que laboren por la paz fabricando municiones de guerra, ha producido magníficos resultados. Este grabado representa muchachas escocesas que se esfuerzan para que el ejército inglés pueda competir ventajosamente con el enemigo, suministrándole para este fin municiones en abundancia. Ya no son solamente los hombres los que trabajan febrilmente en la fabricación de municiones, sino las mujeres; las del taller que representa este grabado han merecido infatigablemente, tanto más cuanto no ignoran que la gran factoría de Krupp en Essen no ha cesado nunca de trabajar.



Aranjuez. Homenaje a Santiago Rusiñol. - El ilustre pintor, poeta, novelista y dramaturgo, rodeado de los literatos, músicos y periodistas madrileños que tomaron parte en la función dada en su honor. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

ARANJUEZ.- HOMENAJE A SANTIAGO RUSIÑOL

La ciudad de Aranjuez ha tributado un homenaje de cariño y admiración a nuestro ilustre paisano, el laureado pintor, poeta, novelista y dramaturgo Santiago Rusiñol, que con tanta inspiración y arte tan exquisito ha sabido inmortalizar sus bellísimos jardines.

Además del pueblo de aquel Real sitio, asociáronse a la fiesta muchos y muy distinguidos escritores, músicos y periodistas madrileños que quisieron manifestar con su asistencia y coope-

sombra, que interpretaron los artistas del Teatro de la Zarzuela, de Madrid, Srtas. Arrieta, Haro, Ortega y Saavedra, y señores Meana y Marcén, acompañados por conocidos músicos, literatos y periodistas madrileños, entre los que figuraban los Sres. García Alvarez, Bejarano, Borrás (Tomás), Gabaldón, Millán, Villa, Montenegro y Areal.

En el intermedio de las dos zarzuelas, el gran actor D. Enrique Borrás recitó un monólogo y el notable bajo Sr. Meana cantó el «Golondrón» de la zarzuela *Maruxa*.

Santiago Rusiñol, que, acompañado de su esposa, ocupaba un palco de platea, fué calurosamente ovacionado.

Terminada la función, celebróse un banquete que duró hasta la madrugada y en el que se pronunciaron entusiastas brindis en honor del genial artista.

MONUMENTO A SOL Y ORTEGA

La ciudad de Santa Cruz de Tenerife se propone honrar la memoria del que fué su diputado el eminente juriconsulto e ilustre repúblico catalán D. Juan Sol y Ortega erigiendo el monumento cuyo boceto adjunto reproducimos.

Es una obra de elegantes líneas, sobria de composición y de vigoroso modelado, y en la que se destaca la bellísima figura que deposita el ramo de laurel ante el busto, como homenaje de la capital tinerifeña al que fué su digno representante en el Parlamento.

CONSAGRACIÓN DEL OBISPO

DR. JUAN B. LUIS PÉREZ

Hace pocos días efectuóse en Burriana, su villa natal, la consagración del Dr. Juan Bautista Luis Pérez como obispo de Dorileo y auxiliar de Toledo, habiendo asistido a la ceremonia el cardenal primado Dr. Guisasaola, el arzobispo de Valencia, los obispos de Segorbe y Tortosa, los gobernadores civil y militar de Castellón, una comisión del Ayuntamiento de Valencia presidida por el alcalde Sr. Maestre, representaciones de los cabildos catedrales de Valencia, Tortosa y Murcia, las autoridades provinciales y locales y otros invitados.



Boceto del monumento que ha de erigirse en Santa Cruz de Tenerife a la memoria del ilustre repúblico D. Juan Sol y Ortega. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

ración el cariño que profesan al que tan admirablemente y con tan universal éxito cultiva el arte y la literatura.

Comenzó el homenaje, que se celebró en el teatro, por un elocuente discurso de D. Felipe Sassone ofreciendo la fiesta a Rusiñol y después se representaron *La patria chica* y *La mala*

El acto de la consagración se celebró en la iglesia parroquial, habiendo apadrinado al nuevo obispo su madre y su hermano D. Vicente. Ofició el cardenal primado, asistido del arzobispo de Valencia y del obispo de Tortosa, y la capilla de música de la catedral de Valencia interpretó la misa de Gounod y el Tedéum de Guzmán.

BARCELONA.- LA SEMANA MUNICIPAL

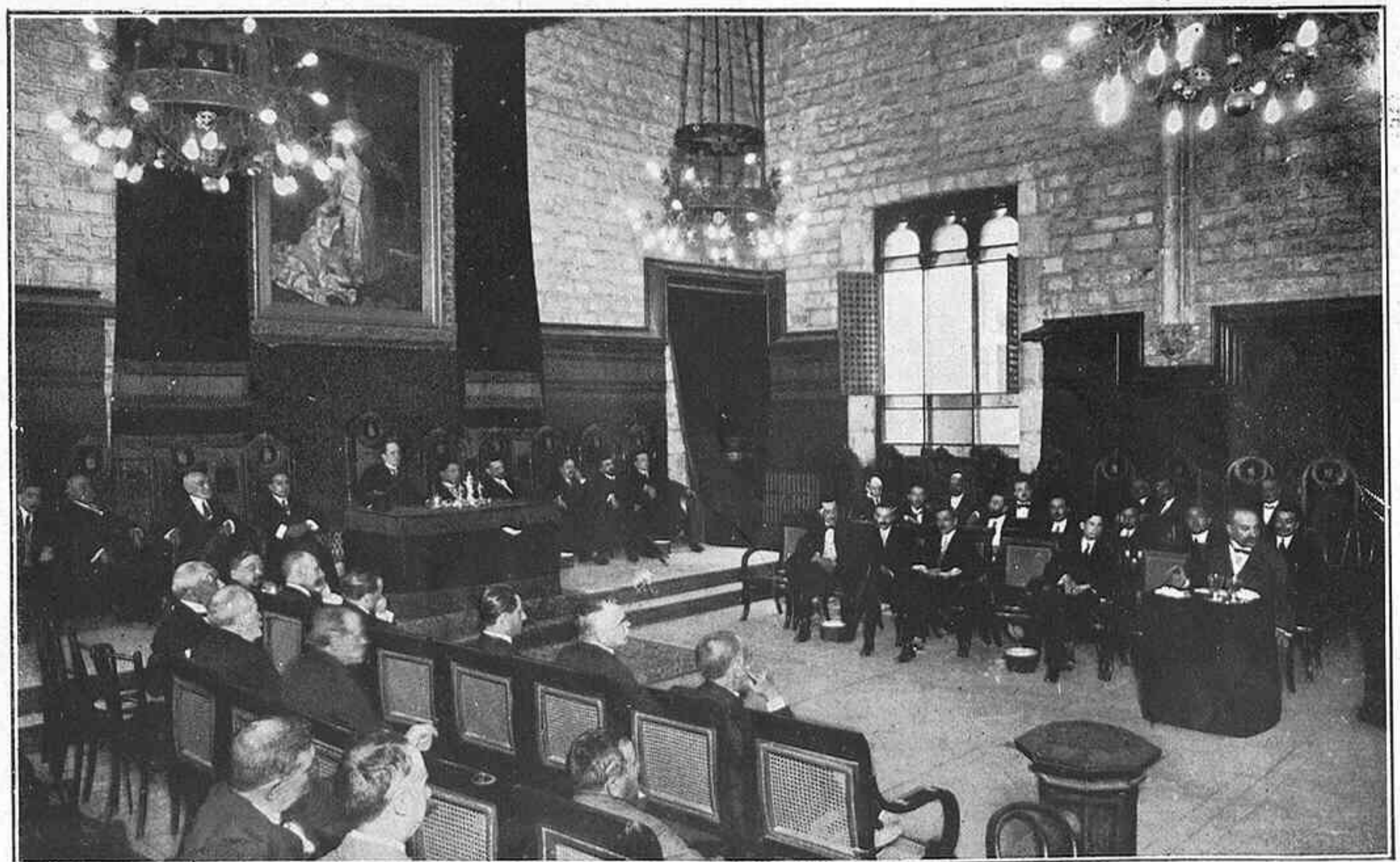
Organizada por el Patronato de la Escuela de funcionarios de Administración local y por el Claustro de profesores de la misma, se ha celebrado en nuestra ciudad la Semana Municipal, en cuyas sesiones se han estudiado y discutido los más importantes problemas que afectan a la vida administrativa y sobre todo económica de los municipios y se han adoptado conclusiones que, de llevarse a la práctica, habrían de producir seguramente los más satisfactorios resultados.



Dr. D. Juan Bautista Luis Pérez, consagrado en Burriana obispo de Dorileo y auxiliar de Toledo. (De fotografía de V. Barberá Masip.)

La sesión inaugural fué presidida por el alcalde accidental D. Juan Pich, quien saludó a los concurrentes a la Semana Municipal, felicitó a los organizadores de la misma, aludió a las privaciones a que se ve condenada la hacienda de los municipios por las trabas que opone el gobierno central y expresó su esperanza de que la asamblea que iba a celebrarse sería de grandes y provechosos resultados prácticos.

Usaron también de la palabra el diputado provincial D. José Ulled, el diputado a Cortes D. Marcelino Domingo, el senador y presidente de la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, D. Federico Rahola y el Sr. Lloret. Finalmente el diputado a Cortes por Barcelona D. Pedro Corominas pronunció un notabilísimo discurso sobre la ordenación económica de los pequeños municipios en el que hizo gala de sus vastos y sólidos conocimientos en materia de administración municipal.



Barcelona.- Solemne sesión inaugural de la Semana Municipal efectuada el 5 de los corrientes en el Salón de Ciento (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONCLUSIÓN.)



Colliver alargó su mano para cogerla...

Poco después, vile acercarse al despacho de billetes y pedir uno para Penryn; yo tomé otro para la misma estación, y después subí al compartimiento inmediato al que él ocupó.

Frente a mí se colocó un campesino, de expresión afable y honrada, muy ocupado al parecer en aquel momento en la lectura de un diario que evidentemente absorbía toda su atención. A los dos minutos resonó el silbido de la máquina, y el tren se puso en movimiento.

Yo me entregué a mis reflexiones, recordando todos los incidentes ocurridos durante los últimos meses de mi vida.

¡Todo era triste para mí! Cuando comenzaban a sonreírme las dulces ilusiones del amor, la mujer a quien adoraba había puesto fin a su existencia; mi único amigo había sido asesinado cuando le sonreía el porvenir; y yo pensé que aquellos dos seres queridos hubieran podido vivir aún y ser felices a no ser por mí.

El campesino interrumpió de repente mis reflexiones.

— ¡Triste noticia, exclamó, parece imposible!

— ¿Qué es?, pregunté con aire distraído.

Por toda contestación, el hombre me puso en las manos un diario, señalándome una columna, encabezada con este epígrafe: «TERRIBLE TRAGEDIA EN UNA TRAGEDIA.»

— Cuando pienso, dijo el campesino que la primera noche que vi a esa linda actriz casi me hizo llorar como un niño, me parece imposible. ¡Vamos, es una cosa que espanta!

En el diario leí lo siguiente:

«TERRIBLE TRAGEDIA EN UNA TRAGEDIA. SUICIDIO DE UNA FAMOSA ACTRIZ. — Anoche, al representarse la nueva tragedia *Francesca*, en el Coliseo, ocurrió un desgraciado incidente, tal vez el más espantoso que un público haya presenciado hasta aquí. Diríase que esa tragedia lleva consigo la desgracia desde un principio. Ya se recordará que su joven autor fué asesinado por un desconocido al salir del teatro, después de la primera representación; y anoche ocurrió un hecho mucho más terrible, pues la desgraciada Clarisa Lambert, cuyo nombre...»

No quise continuar, y con gran asombro del campesino, devolví el diario para mirar al compartimiento donde iba Colliver y reanudar después el hilo de mis reflexiones.

Pensé en el *mañana*, reflexionando que mi enemigo o yo no veríamos brillar el sol del día siguiente, porque uno de los dos dejaría de existir; y para él o para mí habría acabado el mundo con sus amores y sus odios.

El tren corría con vertiginosa rapidez, dejando

atrás los campos cubiertos de nieve, pálidamente iluminados por el sol, que en aquel momento parecía tener una órbita de sangre.

Llegamos a Plymouth poco después de las cinco; el tren se había retardado, y mucha gente subió a los coches; aun estaba oscuro y no había aparecido la luna, aquella luna llena a cuya luz debía buscarse el tesoro.

¡Con qué lentitud atravesó el tren el país de Cornwall!

Serían las ocho de la noche antes de que avistáramos a Penryn, y las once y media era la hora de la bajamar. ¿Llegaría a tiempo?

Serían ya las ocho y media cuando cambiamos de tren al entrar en Truro, y otra vez se perdió más tiempo.

En la plataforma vi a Colliver, muy embozado en su abrigo, y cubierta en parte la cara con el tapabocas, pues el frío era riguroso.

Al fin oímos gritar: ¡Penryn!

Miré mi reloj.

Eran las nueve, y por lo tanto nos habíamos retrasado más de hora y media.

Al ver que Colliver bajaba de la plataforma, le seguí; pero salió muy pronto de la estación, y un momento después saltó a un coche de dos caballos, que parecía esperarle y que se puso en marcha al punto. Sin duda había avisado por telégrafo, y com-

prendí, aunque tarde, que mi enemigo era más previsor que yo.

Sin embargo, aun esperaba un coche para el público; podría conducirme a Helston, y como estaba lleno de gente, trepé a la imperial, donde me acomodé entre los equipajes a falta de otra cosa mejor.

Después de hacernos esperar algún tiempo, que me pareció más largo a causa de mi impaciencia, el conductor ocupó su pescante, y el coche se puso en marcha, tan cargado, que al principio se necesitaron cinco caballos, cuyos cascos se hundían en la nieve, bastante profunda entonces.

En la imperial iban conmigo algunos marineros, que hablaban y gritaban sin cesar; uno quiso entablar conversación conmigo, pero le contesté con evasivas, pues toda mi atención se concentraba en el camino, donde mis ojos buscaban las señales de su carruaje.

Pensé que llevaría muy buenos caballos, pues no veía huella alguna; mas al dar vuelta a un recodo de la vía, parecióme divisar a lo lejos un objeto de color obscuro que se movía sobre la blanca superficie. Sí, debía ser él; y otra vez figuróseme que en alas del viento llegaban hasta mí las palabras: «¡Esta noche, esta noche! ¡Mátelo usted! ¡mátelo!..»

En el mismo instante noté un movimiento inusitado en el coche, que permaneció como suspendido un instante, y después volcó, haciéndonos saltar a todos los que íbamos en la imperial.

Me puse en pie al punto, aunque algo aturdido, y vi una confusa mezcla de pasajeros, caballos, maletas y cajas; ayudé a salir del coche a los que estaban dentro, y habiendo encontrado el lío que yo llevaba, continué mi marcha.

Después de franquear la cumbre de una pequeña colina, llegué a Helston; y en la posada obtuve una silla de posta con dos caballos, no sin enseñar antes el dinero, pues el dueño rehusó al principio proporcionarme lo que pedía, juzgando sin duda que un marinero no necesitaba silla de posta a semejante hora.

También supe allí que un caballero había pedido caballos poco antes que yo, y que se dirigió hacia Lizard después de haber comprado una pala y una azada. ¿Llegaría a tiempo?

Me recosté en el coche y entreguéme a mis reflexiones.

Como yo conocía muy bien el camino más corto para cruzar las dunas, pensé que lo mejor sería apear me cuando llegase a ellas, y continuar mi marcha a pie.

Los caballos, que eran de refresco, avanzaban rápidamente, y al acercarnos al mar, vi varias señales familiares para mí, que evocaban el recuerdo del pobre Tomás. ¡Qué cariñosamente nos habíamos despedido de todas ellas al emprender el viaje a Londres!

Apenas llegado a las dunas, detuve el coche, y despedí al conductor, que era un muchacho y que extrañó mucho mi determinación de ir solo.

Por el Sud asomaba la blanca luna, bastante alta en aquel momento; ya debía ser casi la hora, y emprendiendo una carrera comencé a franquear la colina, más arriba de Polkimbra, para dirigirme por las rocas hacia Lantrig.

Juzgué que Colliver cruzaría por la playa, y en su consecuencia resolví acercarme a la roca por la parte del Norte.

Lantrig, mi antigua casa, resplandecía de luz con motivo de ser la víspera de Navidad; y experimenté una sensación de angustia al bajar silenciosamente hacia las arenas.

Poco después me detuve junto a la cueva para observar.

Aislada y lúgubre, como siempre, la «Roca del Hombre muerto» destacábase en aquel momento claramente, iluminada por la luz de la luna; allí estaba la obscura sombra que me había acosado hasta en mis sueños durante toda la vida; allí nació mi odio, y allí debía morir; allí estaba la sombría guardiana de aquel tesoro que había costado a mi abuelo la perdición de su alma, y a mi padre la vida, haciéndome perder a mí todo cuanto hace agradable la existencia. ¡Ah!, la maldición de Amós Trenoweth nos había alcanzado a todos.

Crucé por el arco que conducía a las arenas de Polkimbra, y avancé rápidamente.

No se veía ni un solo ser animado; la playa estaba del todo desierta y tranquila; acerquéme a una charca, despojéme del cabello postizo y la barba, borré de mi rostro todas las señales de pintura, descalcéme, y poniendo los zapatos en el lío que llevaba en la mano derecha, comencé a trepar cuidadosamente por la roca.

Esto era necesario, porque el ascenso por el lado Norte ofrecía más dificultades.

Al fin llegué a suficiente altura para divisar la plaza de Polkimbra; pero solamente vi las luces de la pequeña iglesia del pueblo, y más allá las sombrías rocas de Hynance.

Saqué mi reloj; eran muy cerca de las once y media, es decir, la hora de la bajamar.

Al mirar de nuevo, parecióme ver brillar algo sobre las arenas, y pronto reconocí que no me engañaba.

A favor de la sombra de las rocas adelantábase un hombre, y cuando estuvo más cerca, observé que llevaba algo en el hombro: era Colliver, cargado con la pala y el azadón.

Volvió la cabeza a intervalos, como para ver si era seguido, y una vez que lo hizo, la luz de la luna iluminó su rostro lo suficiente para que yo pudiese ver que se había despojado también de su disfraz.

Entonces abrí la caja de estaño para sacar el cuchillo que mató a mi padre, y que ahora tenía un buen mango, cerrándose por medio de un muelle común.

Al abrirle pude distinguir en la hoja de acero la palabra «Recordati».

Colliver siguió avanzando por la roca, y una vez más miró a su alrededor, sin divisar nada, porque yo estaba arriba.

Acercábase poco a poco, y al llegar a cierta distancia observé que llevaba en la mano un compás y una cinta de medir; detúvose otra vez un instante, y yo esperé, sin atreverme siquiera a respirar.

Como a unos cuarenta pies de las rompientes, la «Roca del Hombre muerto» terminaba por el lado Sud en una ligera eminencia con una pendiente de ocho a diez pies, la cual no se podía ver durante la alta marea, a causa de hallarse entonces cubierta por las aguas.

Allí había chocado sin duda el *Buena Fortuna* antes de irse a pique; y aquella debía ser la «punta Sud» citada en la hebilla.

Fijando su compás cuidadosamente, Colliver desarrolló la cinta y comenzó a medir hacia el Noroeste, lo cual me hizo recordar que la hebilla decía: «Punta Sud, 27 pies.»

Terminada esta primera operación, comenzó a socavar con la azada, practicó un agujero en la arena y retrocedió hacia la roca, esta vez en la dirección Norte.

Yo esperaba siempre.

Después me pareció que buscaba la señal, es decir un antiguo anillo o argolla de hierro, que antes servía para amarrar los botes; pero sin duda no pudo encontrarle, pues le oí blasfemar dos o tres veces.

A los dos o tres minutos tiró una línea desde la roca en dirección Oeste; procedía con mucha lentitud, y cada vez que se inclinaba dirigía a su alrededor una mirada recelosa.

Seguramente había tomado las medidas con exactitud, pues la cinta le condujo de nuevo al hoyo practicado antes; entonces detúvose un momento, sacó de su bolsillo la hebilla, que brilló a la luz de la luna, y consultóla cuidadosamente.

Satisfecho de su examen, volvió a la roca para buscar sus útiles, y yo me preparé con el cuchillo en mano.

Llegado una vez más al punto de encuentro de las dos líneas, y después de dirigir una furtiva mirada a derecha e izquierda, comenzó a socavar con febril impaciencia.

Estaba de frente al mar y de espaldas a mí, de manera que pude erguirme del todo y observar mejor; cavaba tan de prisa, que el hoyo se ensanchó rápidamente; y si allí había algún tesoro, muy pronto debía descubrirse.

A poco oí que el azadón chocaba contra algo duro, lo cual me hizo suponer que aun no se habría excavado a suficiente profundidad.

En la hebilla se decía: «cuatro pies, seis pulgadas», y el hoyo no podía tener aún más que tres de profundidad.

Colliver se inclinó de pronto, sacó del agujero alguna cosa, y examinóla; yo me adelanté un poco, y como él diese media vuelta, vi entre sus manos un cráneo.

¿De quién sería? Seguramente el de alguna de las víctimas del *Buena Fortuna*, o tal vez el de Juan Railton, que iría a caer sobre el tesoro tan codiciado, por el cual sacrificaría la vida de otros hombres, perdiendo al fin la suya.

Parecióme que Colliver se inmutaba ante aquel hallazgo, pues hizo un rápido movimiento, y arrojó el cráneo lejos de sí, hacía las rompientes, donde le vi desaparecer en las aguas.

Después, mi enemigo continuó su excavación, y por espacio de veinte minutos hizo volar a derecha e izquierda las arenas que extraía, deteniéndose a in-

tervalos para medir la profundidad. Una o dos veces sacó la hebilla para consultarla; y por esto supuse que ya debía haber excavado bastante.

Al continuar su trabajo, después de uno de aquellos momentos de reposo, la piqueta chocó otra vez contra algún cuerpo extraño; Colliver se inclinó para mirar, y luego comenzó a sacar paletadas de tierra con inconcebible rapidez.

¡El tesoro estaba descubierto!

Colliver socavaba como un loco, y con tal ahinco, que pude oír su respiración acelerada, hasta que al fin, mirando por última vez a su alrededor, arrodillóse y lo perdí de vista.

Era llegado el momento para mí.

Cuchillo en mano, me deslicé por la pendiente de la roca y fui a caer sobre la arena.

El hoyo ocupaba tal posición junto a una ligera eminencia, que podía acercarme a mi enemigo sin ser observado, aunque mirase; pero hallábase tan absorto en su contemplación, que avancé hasta que estuve a diez pasos de él.

Entonces, arrastrándome a gatas, llegué al borde del hoyo y miré al interior.

Vi a Colliver sentado, vuelto de espaldas, a mi alcance; y gracias a la circunstancia de estar la luna de frente, mi sombra no se proyectó delante de él; en aquel momento miraba un cofre de hierro de grandes dimensiones, que tenía ante sí, y de cuya cerradura pendía un enorme candado. En la tapa, cubierta de orín, pude distinguir las iniciales A. T., toscamente grabadas.

Retuve la respiración al ver que Colliver sacaba de su bolsillo la llave de mi abuelo y hacía ademán de abrir, después de haber sacudido bien la arena; un momento después oí crujir ruidosamente el grueso candado, que no se abrió sin dificultad.

Colliver levantó la pesada tapa con mano temblorosa; los dos miramos ansiosamente, y nuestros ojos quedaron deslumbrados por lo que vieron...

Al principio, solamente una especie de fulgor, que centelleó apenas se reflejaron allí los rayos de la luna, produciendo infinitas irradiaciones de color, rojas, violáceas, anaranjadas y verdes; después, poco a poco, vi que todos estos matices procedían de un montón de piedras preciosas, grandes unas, pequeñas otras; pero seguramente de inmenso valor.

Reteniendo la respiración, adelanté un poco más la cabeza para mirar mejor: allí había diamantes, rubíes, zafiros, amatistas, ópalos, esmeraldas, turquesas, e innumerables joyas, amontonadas en confusión, y de un brillo deslumbrante; algunas formaban collares y cadenas, y vi muchos anillos y brazaletes, y ornamentos de aspecto bárbarico.

Aquel tesoro era más que suficiente para satisfacer la codicia de un rey.

El cofre medía unos cinco pies de longitud por tres de anchura, y las piedras preciosas estaban evidentemente en una especie de cajón de hierro, en cuyo ángulo veíase un pequeño espacio como de cuatro pulgadas en cuadro, cubierto con una tapa del mismo metal. Colliver la levantó, dejando escapar otro suspiro de avaricia satisfecha.

En el mismo instante nos ofuscó casi un foco de luz rojiza, de luminosas irradiaciones, que parecían concentrarse en un cuerpo brillante, trasluciente, de color de púrpura.

¡Allí estaba la soberbia joya, serena y deslumbradora, como si sobre ella no pesase un anatema, como si no hubiera servido para encender las pasiones de los hombres, sofocadas después con sangre; allí estaba, imperecedero, triunfante, y más fuerte que los siglos, el Gran Rubí de Ceylán!..

Colliver alargó su mano para cogerla; mas en el mismo instante, apoyando la mía sobre su hombro, me puse en pie: había esperado ya bastante.

Mi enemigo dió un salto, con expresión de terror, y miróme cara a cara; ya tenía su cuchillo casi fuera del cinturón, y habíase adelantado un paso, cuando de pronto se detuvo.

Yo tenía la cabeza descubierta, y un rayo de luna reflejábase en la hoja de mi cuchillo, iluminando mi pecho desnudo y mi rostro severo: esperé a que mi enemigo diese un paso más, dispuesto a recibirle, pero no avanzó.

Lejos de esto, retrocedió mirándome fijamente, y cubriéndose el rostro con las manos; mientras que yo, vigilándole atento, observé con asombro que sus pupilas parecían quedar rígidas y como petrificadas; sus labios se entreabrieron de pronto, y de ellos partió un sonido gutural que nada tenía de humano.

Después, como yo mirase fijamente a mi enemigo con el ademán amenazador del hombre que intenta exterminar a su adversario, Colliver profirió un grito terrible, un grito que debió espantar a las gaviotas en medio de su sueño, y que los ecos repitieron a

lo largo de la orilla del mar, un grito sin igual, que no podría compararse con ningún sonido de la tierra...

Entonces siguió un silencio profundo.

Un momento después vi a Colliver de rodillas delante del cofre, bañando sus manos, como si dijéramos, en aquel montón de piedras preciosas; las cogía a puñados, y dejábalas caer después poco a poco, como para contemplar mejor su brillantez, acompañando este movimiento con palabras incoherentes, que no pude comprender.

— ¡Colliver!, grité; Simón Colliver, tenemos que ajustar una cuenta los dos.

Mi enemigo, sin contestarme, continuó haciendo saltar los diamantes y rubíes entre sus manos.

— ¡Simón Colliver!, grité por segunda vez.

Y como no respondiese acerquéme a él y de nuevo le puse la mano sobre el hombro.

Entonces se detuvo un momento y fijó en mí una mirada de extravío.

— Colliver, continué, ha llegado la hora de arreglar nuestra última cuenta.

— ¡Ah!, sí, ya te conozco; serás Trenoweth, por supuesto, Ezequiel Trenoweth, que viene a buscar de nuevo el tesoro; ¡pero has llegado tarde, muy tarde, demasiado tarde! ¡Ya estás muerto!.. ¡Já, já!.. Ya no quedan de ti más que las cenizas... ¡Ah!, prosiguió, haciendo correr las piedras preciosas entre sus dedos, aquí hay una hermosa arena de todos colores... ¡Mira, mira qué brillo tiene!.. Sí, añadió después de una pausa, ya te conozco... eres Ezequiel Trenoweth, o acaso el mismo Amós, o Jasper... ¡No importa, ya estáis todos muertos... Maté al último de vosotros el año pasado... No, anoche. ¡El diablo debe estar ya satisfecho! ¡Ah!, yo tenía aquí un cráneo hace un momento, sin duda era el de Juan Railton; pero le faltaban los ojos. ¿Dónde está ese cráneo? Voy a colocar en las órbitas otros dos que cambiarán de color cuando se muevan... ¿Pero dónde está el cráneo? Dámelo... lo he perdido... búscalo en seguida y le pondré ese ojo rojizo tan grande, que es el que brilla más.

Así diciendo, alargó su mano para coger el Gran Rubí; yo le agarré por la muñeca, pero él fué más listo, y haciendo un rápido movimiento, cruzó la mano sobre la espalda.

Entonces quise sujetarle, pero rechazándome con la mano izquierda, arrojó con la otra el Gran Rubí, que fué a caer en el mar.

Al atravesar los aires, semejante a una llama, trazó un arco brillante de color rojizo, y un momento después le perdí de vista entre las olas.

Tal vez fué a ocultarse entre los restos de lo que en otro tiempo fué el Buena Fortuna, o entre las osamentas de sus tripulantes ahogados, para contemplar la obra de exterminio con sus ojos de fuego. Allí debe de estar aún, y allí estará, ocultando para siempre en el fondo de las aguas su funesta riqueza...

Entonces me acordé del escrito de Amós Trenoweth en que decía:

«Y así como el corazón del Rubí es sangre, y sus ojos de fuego, lo mismo será para aquellos que tra-

ten de poseerle: el fuego y la sangre serán su herencia para siempre.»

Miré a Colliver de nuevo: estaba en un lado del hoyo, mirándome con sus ojos negros y brillantes, que revelaban la locura; muy pronto comprendí que había perdido el juicio, y que la venganza se escapaba otra vez de mis manos para siempre.

Permanecíamos así inmóviles, cuando de pronto vi avanzar suavemente una ola, cuya espuma llegó hasta el borde del hoyo; comenzaba la pleamar, y dentro de un minuto o dos estaría sobre nosotros.

Cogí a Colliver por los hombros, tratando de hacerle comprender; mas el loco seguía jugando con las piedras preciosas, murmurando palabras incoherentes, y cantando en voz baja; mientras que las olas, adelantándose cada vez más, nos mojaron al fin.

No había tiempo que perder: empujé a mi enemigo, cerré el cofre, guardándome luego la llave, y cogiendo a Colliver por los brazos, hícele salir del hoyo.

Hecho esto, con la pala amontoné apresuradamente la arena mojada sobre el agujero; y entretanto Colliver permanecía inmóvil junto a mí, viendo cómo el tesoro desaparecía otra vez; tan sólo de vez en cuando murmuraba algunas palabras ininteligibles, o profería una exclamación.

Cuando todo estuvo concluido, cogí de la mano a mi compañero y condújele a las arenas que estaban fuera del alcance de las aguas, sentándome después a su lado para esperar la aurora.

Allí nos sorprendió, en la «Roca del Hombre muerto»; y percibí débilmente el repique de las campanas de Polkimbra que anunciaban la fiesta de Navidad.

Poco más me resta añadir.

Al día siguiente, a la hora de la bajamar, y con ayuda de Joe Roscorla, que aun se conservaba sano y fuerte, y de algunos pescadores de Polkimbra, conocidos míos, se condujo el tesoro de mi abuelo a paraje seguro.

En el cofre de hierro encontré, además de las piedras preciosas ya citadas, una prodigiosa cantidad de oro y plata en lingotes y moneda; en ésta última, había de todas las naciones: duros, rupias, doblones, libras esterlinas, liras, luises, etc.

El cofre pesaba tanto que no se pudo moverle, y fué preciso recoger su contenido solamente.

El lector buscaría inútilmente en las crónicas de naufragios la triste historia del Buena Fortuna; pero si encuentra en los registros la nota referente al Jaime e Isabel, perdido en las costa de Cornuailles en la noche del 11 de octubre de 1849, podrá saber que es el mismo de nuestra historia, porque éste es el nombre que le dió el último tripulante que sobrevivió, un tal Georgio Rhodojani, marinero griego.

Y si el lector, impulsado por la curiosidad, quisiera saber algo de la historia de aquel hombre, que vaya un día de verano al manicomio de Bodmin, provisto del permiso necesario para visitar el establecimiento.

Allí verá una escena extraña.

En un jardín, sentados junto a la pared, una mujer y un hombre; este último, aunque no cuenta más de 68 años, parece ya decrepito; la mujer, que es su madre, tiene lo menos 90, y parece cuidar mucho a su hijo, pues de vez en cuando le da caramelos, cual si fuese un niño.

El hombre los toma sin reconocer nada al parecer, y cuando no quiere más levántase y pasea, entonando en voz baja una canción. A veces se le ve permanecer largo rato junto a su madre, dejándose acariciar por ésta.

Algunos dicen que la mujer está casi tan loca como su hijo; mas esto no la impide hacer su visita diariamente.

Su aspecto es verdaderamente notable, porque tiene la piel de color amarillo lustroso, y siempre lleva los dedos cargados de diamantes.

La señora Luttrell no volvió a ser vista de nadie después de haberla dejado yo en la escalerilla del río.

Mandé hacer todas las pesquisas posibles; pero solamente supe que se había encontrado mi bote flotando más allá de Gravesend; seguramente ha muerto ya, y ésta sería otra víctima por causa del Gran Rubí.

No encontrando a la madre, dispuse que se trasladaran los restos mortales de su hija al cementerio de Polkimbra, donde yace junto a mis padres entregada al reposo eterno: sobre su sepulcro hay una piedra blanca con la siguiente sencilla inscripción: «En recuerdo de C. L., que murió el 23 de diciembre de 1863. — El amor es tan poderoso como la muerte.»

Los buenos habitantes de Polkimbra saben muchas anécdotas acerca de esa tumba; pero si se les insta para que digan algo, mueven la cabeza con grave expresión, contestando siempre:

«Vaya usted a preguntárselo al Sr. de Trenoweth, de la casa de Lantrig. Los jóvenes aseguran que la que allí está enterrada fué en vida una actriz a quien él amó; pero casi todos los días se puede ver en el cementerio al que hoy es jefe de esa casa.»

¿Y yo? Después de entregar al Gobierno la parte que le correspondía, aun me quedó lo que podría considerarse como una gran fortuna; pero destiné una gran parte a comprar de nuevo la casa de Lantrig, la casa de que soy el último heredero; y he aquí cómo se volvió a ver otra vez la gran llave de mi abuelo pendiente de la viga donde antes estuvo, cubierta de tantas telarañas como el día en que mi padre salió en busca del tesoro.

Aquí vivo solitario, viejo ya, aunque apenas he pasado de la edad media; y es porque todas mis esperanzas y mis doradas ilusiones están sepultadas en la tumba donde duerme en el eterno sueño de la muerte la única mujer a quien amé; y también porque sobre mi alma pesa el anatema que en sí lleva el Gran Rubí, sepultado ahora en abismo bajo las sombras de la «Roca del Hombre muerto».

FIN

BARCELONA. — VISITA DEL NUNCIO DE SU SANTIDAD MONSEÑOR RAGONESI. (Fotografías de A. Merletti.)

Con objeto de presidir el acto de consagración del nuevo obispo de Gerona, D. Francisco de P. Mas, y de asistir al Congreso Litúrgico de Montserrat, ha permanecido algunos días en nuestra capital el Nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi.

El recibimiento que Barcelona dispensó al representante de S. S. el Papa Benedicto XV en España ha sido verdaderamente cariñoso y entusiasta; su entrada en nuestra ciudad merece ser calificada de triunfal.

A esperarle en el Apeadero del Paseo de Gracia acudieron todas las autoridades, representaciones de corporaciones oficiales y particulares, comisiones de todas las entidades barcelonesas, el clero, las comunidades religiosas y un número inmenso de otras personas distinguidas que llenaban los espaciosos andenes y dependencias de la estación. Bien puede afirmarse que se hallaba allí representada toda Barcelona, deseosa de tributar el merecido homenaje a visitante tan ilustre.

Al llegar el tren que conducía a monseñor Ragonesi el público prorrumpió en estruendosos vivas y aclamaciones y en estrepitosas salvas de aplausos. Saludó al Nuncio el teniente de alcalde Sr. Rosés, quien en nombre de Barcelona dióle con expresivas frases la más cordial bienvenida. Monseñor Ragonesi contestó mostrando su agradecimiento y teniendo

palabras de gran elogio para nuestra capital. Seguidamente le fueron presentadas las autoridades.

Al aparecer el Nuncio en la puerta del apeadero, la ovación que le tributó el enorme gentío allí reunido fué indescriptible no cesando los vítores y aplausos hasta que llegó al palacio episcopal, adonde se dirigió en carruaje del Ayuntamiento acompañado por el Sr. Rosés, precedido de una sección de batidores de la guardia municipal de gran gala, y seguido de numerosos coches y automóviles que formaban larguísima comitiva.

En el patio del palacio, una compañía del regimiento de Vergara con bandera tributó los honores de ordenanza a monseñor Ragonesi; la banda del Colegio de Salesianos tocó la Marcha Real. Al pie de la escalera fué recibido por el obispo de Solsona y otras distinguidas personalidades, dirigiéndose inmediatamente al salón del Trono, en donde se efectuó la recepción, que fué brillantísima y de cuya importancia podrá formarse idea sabiendo que el desfile de las personas que acudieron a ofrecer sus respetos al Nuncio de Su Santidad duró más de dos horas.

Por la tarde, acompañado de nuestro prelado doctor Reig y de otras personas, visitó las obras del templo de la Sagrada Familia, en donde fué recibido por el párroco y el clero de San Martín de Pro-

vensals, las juntas de construcción del templo, del Apostolado de la Oración y del Patronato de la Sagrada Familia, por el arquitecto Sr. Gaudí y otras personalidades y por un numeroso público que le tributó una gran ovación. Monseñor Ragonesi visitó detenidamente la cripta y la sacristía, admiró el maravilloso portal de Nazaret y el claustro del Rosario, recorrió los sitios en donde han de levantarse las distintas partes del templo y vió la maqueta de éste, escuchando las explicaciones del Sr. Gaudí a quien felicitó efusivamente y de quien dijo que era el «Dante de la arquitectura». El Nuncio quedó entusiasmado de su visita, manifestando que valía la pena de venir a Barcelona aunque no fuese más que para ver aquel monumento.

Desde el templo de la Sagrada Familia dirigióse monseñor Ragonesi al Hospital de San Pablo, en cuyo vestíbulo fué recibido por la Junta del mismo, habiendo admirado aquella grandiosa e interesante obra y visitado uno de los pabellones, las galerías centrales de comunicación y la sala de juntas.

Trasladóse luego al Tibidabo, en donde visitó el templo del Sagrado Corazón y admiró el espléndido panorama que desde allí se descubre.

Desde el Tibidabo pasó a Sarriá, en cuya plaza, que contenía un gentío inmenso, fué saludado por todas las corporaciones al frente de las cuales figu-

de las Normales de Maestros y Maestras, visitó la sala doctoral y el paraninfo, pasando luego a la Bi- Toda la población se hallaba engalanada y a ella habían acudido en gran número gentes de toda la



El Nuncio de S. S. Monseñor Ragonesi a su llegada a Barcelona, en el coche del Ayuntamiento, acompañado del teniente de alcalde Sr. Rosés.



Monseñor Ragonesi en el Instituto de Estudios catalanes

raba el Ayuntamiento presidido por el alcalde. En la Casa Consistorial hubo una recepción popular, desfilando por delante de S. E. Ilma. todas las fuerzas vivas de la población.

Al día siguiente monseñor Ragonesi visitó por la mañana la Escuela Industrial, el Hospital Clínico, la Universidad y el Seminario, y por la tarde la colonia Güell. En la Escuela Industrial fué recibido por el presidente de la Diputación provincial don Enrique Prat de la Riba, el Patronato y los directores del Museo Social y del Laboratorio Sres. Albó y Agell, y recorrió aquel importante establecimiento docente, al que dedicó grandes elogios. En el Hospital Clínico esperaban al Nuncio el rector de la Universidad Dr. Carulla, el decano y los catedráticos de la facultad de Medicina, varios médicos y la Junta del hospital. S. E. Ilma. visitó la sala de juntas, el anfiteatro, una sala de enfermos, varias clínicas, los gabinetes de distintas especialidades, la capilla y la parte del edificio en donde están montados los servicios del hospital, y felicitó al Dr. Carulla y a todo el personal facultativo y auxiliar del estable-

bioteca provincial. En el Seminario, cuyos honores le hicieron el rector Dr. Albert, el prefecto de estudios y el claustro de profesores, visitó la capilla y el salón de actos. En la colonia Güell fué recibido el Nuncio por los condes de Güell y su familia, el personal de la colonia, el capellán de la misma, el alcalde de Santa Coloma, el párroco y el clero parroquial, habiendo quedado altamente complacido de su visita.

De regreso en Barcelona asistió monseñor Ragonesi a la Salve y al Tedéum que se cantaron en la Merced y desde allí volvió al palacio episcopal, en donde, al mediodía, se celebró el banquete de autoridades.

El domingo, día 4, asistió el Nuncio a la consagración del obispo de Gerona Dr. D. Francisco de P. Mas, que se efectuó en la ciudad de Mataró, de donde es hijo el nuevo prelado.

costa, las autoridades de Barcelona, los representantes de las corporaciones oficiales y particulares, senadores, diputados, el gobernador y el Ayuntamiento de Gerona presidido por su alcalde, una delegación del cabildo catedral y de la Diputación provincial gerundense, el abad coadjutor de Montserrat, los obispos de Vich y de Solsona, y otras muchas personalidades.

La llegada de los automóviles que conducían al Nuncio de S. S., al auditor de la Nunciatura monseñor Solari y al obispo de Barcelona, fué saludada con grandiosas ovaciones, que se reprodujeron cuan-



Mataró. - Solemne ceremonia de la consagración por el Nuncio de S. S. del nuevo obispo de Gerona Dr. D. Francisco de P. Mas

cimiento. En la Universidad, en donde le recibieron el rector, varios catedráticos y profesores de la Escuela Náutica, de la de Ingenieros industriales y

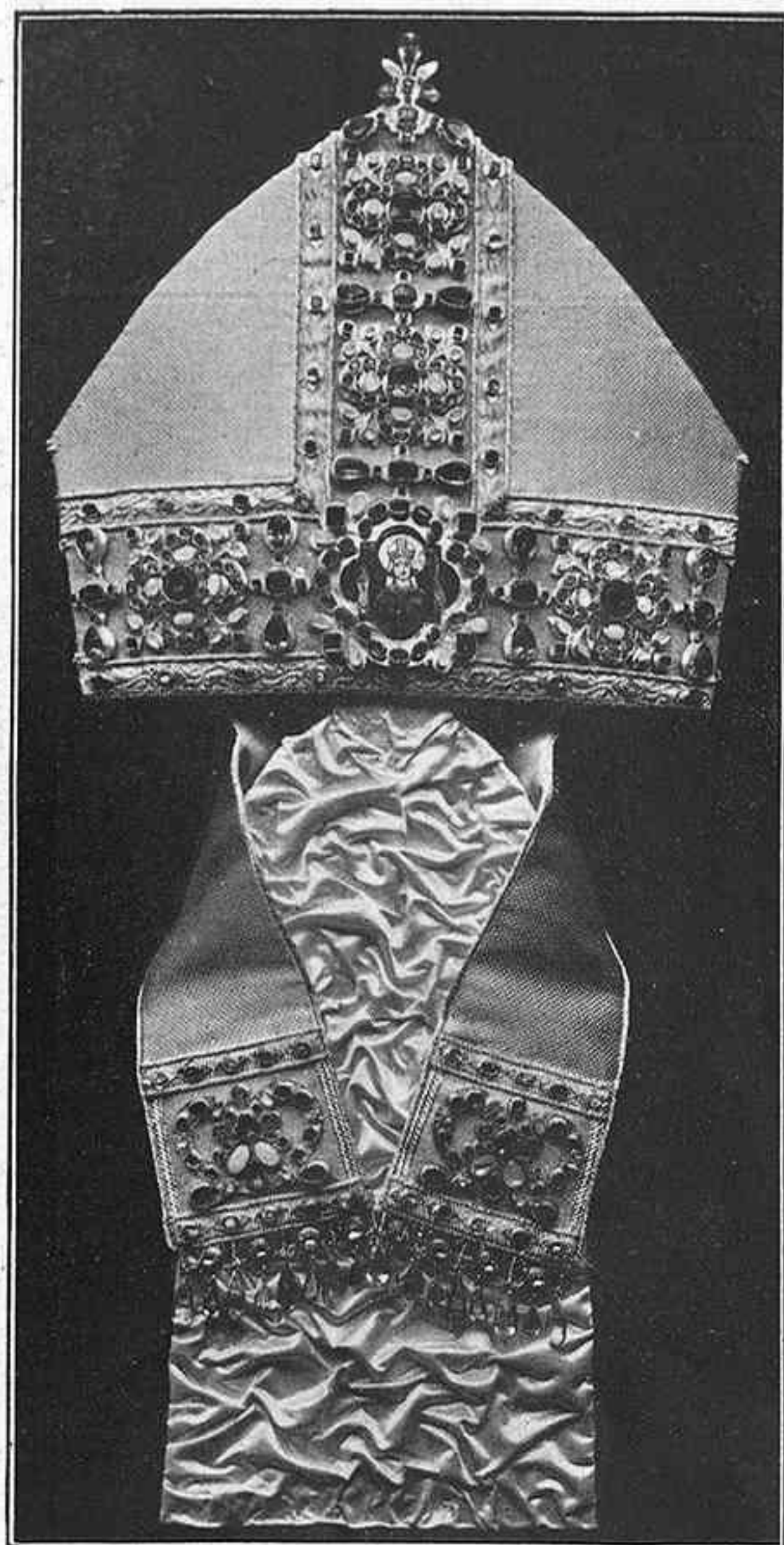
Mataró ofrecía un aspecto indescriptible y la manifestación de cariño de que fué objeto el Dr. Mas es de las que hacen época en la vida de una ciudad.



Ilmo. Dr. D. Francisco de P. Mas, nuevo obispo de Gerona que ha sido solemnemente consagrado en Mataró por el Nuncio de Su Santidad.

do los prelos entraron en las Casas Consistoriales a los acordes de la Marcha Real.

Organizada la comitiva, dirigióse ésta, entre incensantes vitores y aclamaciones, a la iglesia parroquial de Santa María, en donde había de efectuarse la



Mitra regalada al nuevo obispo de Gerona Dr. Mas por el Excmo. señor conde del Valle de Canet y confeccionada por la casa José Sala, de Barcelona. (De fotografía.)

ceremonia de la consagración y cuyos alrededores hallábanse llenos de un gentío imponente, estando repletos asimismo los balcones y ventanas.

El interior del templo presentaba un aspecto magnífico, y una iluminación espléndida lucía en el altar mayor y en todos los demás altares. En el presbiterio había un trono destinado al Nuncio de S. S., y asientos para las autoridades, para la familia del Dr. Mas y para los padrinos de éste, D. Emilio de Cabanyes y Rabasa y D.^a Regina Marfá de Cabanyes.

Ofició de consagrante monseñor Ragonesi, asistido por los obispos de Barcelona y de Vich, doctores Reig y Torras y Baiges, y la capilla de música interpretó la gran misa pontifical de Perosi. Durante la misa efectuáronse las diversas ceremonias de la consagración y al final de aquella procedióse a la entronización, entregan-

do el Nuncio al nuevo prelado, que estaba sentado en la grada del trono, la mitra, los guantes y el báculo, y dando seguidamente el Dr. Mas la bendición al pueblo.

Terminada la función religiosa, la comitiva regresó a las Casas Consistoriales, en donde monseñor Ragonesi recibió a las autoridades y a muchas comisiones. El Dr. Mas se vió obligado a dirigir desde uno de los balcones la palabra al público que llenaba la plaza y que no cesaba de aclamarlo.

Después se celebró el banquete, al que asistieron trescientos cincuenta comensales, y cuya mesa presidencial ocuparon el Nuncio, el nuevo prelado, los obispos de Barcelona, Vich y Solsona, y las autoridades de Barcelona, Gerona y Mataró. Al terminar la comida, el Dr. Mas recorrió la sala, saludando individualmente a todos los concurrentes y dándoles a besar el anillo pastoral, y luego pronunció un hermoso discurso en el que, después de reconocer la gran humildad de su cuna, habló en términos excesivamente modestos de su elevación al obispado y de los honores, en su sentir inmerecidos, que se le habían tributado y que deseaba le fuesen ratificados por Nuestro Señor en la hora de la muerte, y terminó dando las gracias a todos y ofreciéndose a todos, especialmente a la diócesis de Gerona y a la ciudad de Mataró.

Entre los regalos que, con motivo de su consagración, ha recibido el Dr. Mas, figuran los dos valiosísimos que adjuntos reproducimos. La preciosa mitra, regalo del Excmo. señor conde del Valle de Canet, está inspirada en los retablos catalanes del siglo XIV y tiene todo el carácter de aquella época: en el centro hay esmaltada la imagen de San Narciso, patrón de Gerona, orlada de piedras preciosas de gran tamaño; al dorso, las armas de la inmortal ciudad; las demás piezas de argentería las forman agrupaciones de soberbias amatistas, esmeraldas, ópalos, granates topacios, etc.; el fleco es una habilísima combinación de topacios que

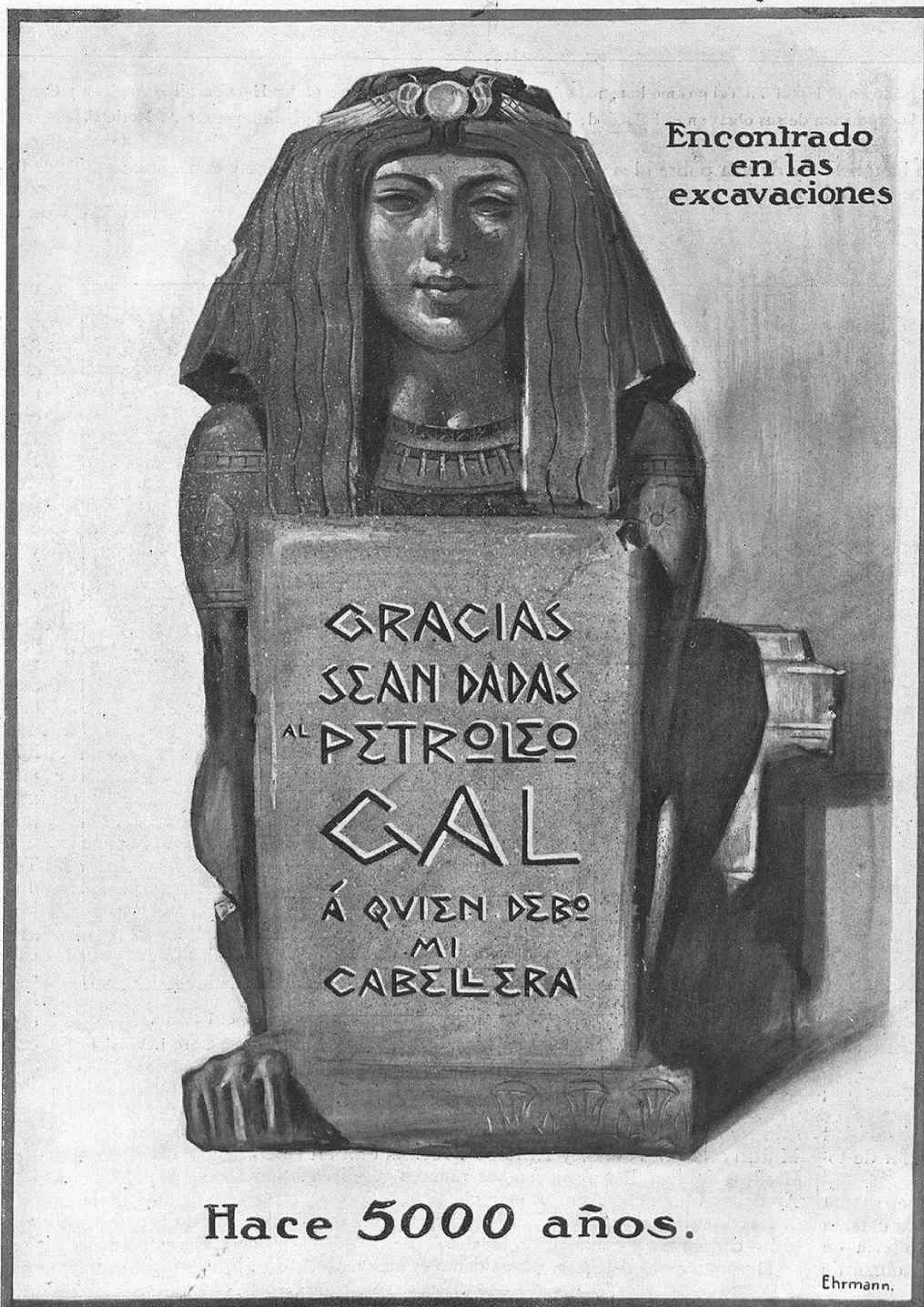


Báculo que los feligreses de Mataró han regalado al nuevo obispo de Gerona doctor Mas y que ha sido confeccionado en los talleres de la casa Cabot, de Barcelona. (De fotografía.)

substituye a los que comúnmente se hacen de pasamanería. La parte de orfebrería es obra de la casa Arturo Roig y los esmaltes han sido pintados por Ricardo Sala. El báculo, regalo de los feligreses de Mataró, es de plata dorada con pedrería montada en platino y con esmaltes sobre oro; dos ángeles, cuyo modelo es de José Llimona, sostienen una corona de diamantes sobre las Santas Patronas de Mataró Juliana y Semproniana; en la parte baja se ve un dragón apartándose vencido; en el nudo, hay esmaltados los escudos de Barcelona, Gerona y Mataró.

El mismo domingo regresó monseñor Ragonesi a Barcelona.

Al día siguiente visitó el Nuncio la Catedral, recorriendo toda la basílica, en la que le fueron mostrados los cuerpos de San Olegario y de Santa Eulalia. Desde la Catedral pasó al «Institut d'Estudis Catalans», donde fué recibido por el presidente de la Diputación provincial Sr. Prat de la Riba y varios individuos del Instituto. Monseñor Ragonesi visitó varias salas y la biblioteca, en la que pudo admirar algunos ejemplares de extraordinario valor, y tributó grandes elogios a aquella entidad. Seguidamente visitó la Diputación provincial. Por la tarde, acompañado del obispo doctor Reig y de monseñor Solari, salió en automóvil para Montserrat, con objeto de asistir al Congreso Litúrgico.



Encontrado en las excavaciones

Hace 5000 años.

Ehrmann.

BARCELONA. — HOMENAJE
A HERMENEGILDO ANGLADA

Con motivo de la exposición de las obras de Hermenegildo Anglada celebrada en el Palacio de Be-

Hermenegildo Anglada, para honra y gloria de Barcelona. Señaló el caso insólito de que en la propia patria del artista ilustre se desconocen sus obras y que para admirar algunos de sus cuadros hayamos de ir al extranjero, lo cual constituye una vergüenza

agradeció en términos breves el homenaje que se le había tributado.

La fiesta transcurrió en medio de la mayor animación y fraternidad y cuantos a ella asistieron hicieron votos porque los deseos expresados por el Sr. Mas-



Barcelona. — Banquete celebrado en el Hotel Tibidabo como homenaje del Círculo Artístico al ilustre pintor Hermenegildo Anglada y Camarasa (x) con motivo de la exposición de sus obras en el Palacio de Bellas Artes. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

llas Artes, el Círculo Artístico organizó un banquete en honor del ilustre pintor, gloria del arte español contemporáneo.

El banquete fué presidido por el homenajeado, quien tenía a sus lados al presidente del Círculo Artístico, el celebrado pintor Carlos Vázquez y a distinguidos representantes de la colonia francesa de Barcelona. Entre los comensales, cuyo número ascendía a cincuenta, figuraban notables artistas, literatos, periodistas y músicos.

Al servirse el champaña, inició los brindis el presidente del Círculo Artístico, el cual, después de ofrecer el banquete a Anglada y de dedicar un afectuoso saludo a la esposa de éste, enalteció la obra del genial pintor catalán maestro del arte impresionista, compositor sobresaliente y creador de una escuela con la cual ha impuesto su nombre al mundo.

El ilustrado crítico artístico D. Rafael Mainar, en términos muy sinceros y muy sentidos habló de Goya y de Anglada, expresando sus pensamientos por medio de conceptos en extremo acertados.

El Sr. Gili y Roig, en fogosas y entusiastas frases, manifestó su admiración por Hermenegildo Anglada y su obra.

Lo propio hizo en términos de gran sinceridad y modestia suma el tan aplaudido exmatador de toros Ricardo Torres (*Bombita*).

Luis Masriera, que honra el apellido que ostenta y que es uno de los más gloriosos del arte catalán moderno, lamentóse de que no exista todavía en nuestro Museo una sala destinada a las obras de

y da una pobre idea de nuestra cultura y de nuestro amor a los artistas que son nuestra mayor gloria. Excitó a las corporaciones oficiales a que se preocupasen de ello y procurasen que se honre aquí como

riera y con entusiasmo por todos acogidos, encuentren eco en nuestras corporaciones oficiales y sea pronto un hecho la creación de una sala Anglada en nuestro Museo.

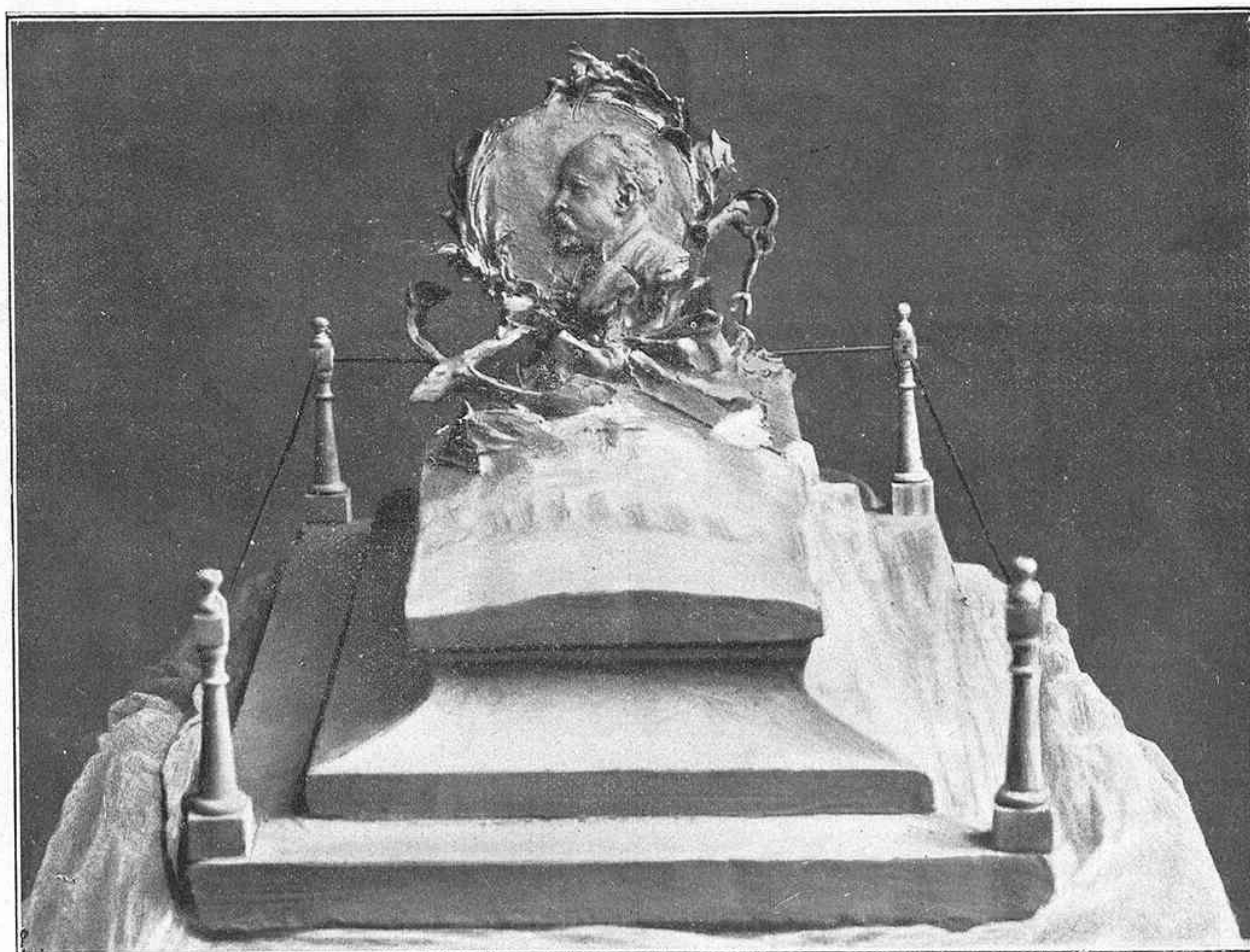
MAUSOLEO

DEL ALMIRANTE CERVERA

El distinguido escultor Sr. Borrás ha modelado el mausoleo que adjunto reproducimos y que se erige en Madrid, en el Panteón de Españoles Ilustres de la iglesia de Atocha, para contener los restos mortales del almirante D. Pascual Cervera y Topete.

Es una obra severa, sencilla, sobriamente concebida, cual corresponde al carácter del monumento y al del lugar en que éste ha de instalarse. No hay en ella más elemento decorativo que el medallón sobre el cual se destaca el busto del ilustre marino rodeado de atributos de la armada.

D. Pascual Cervera y Topete nació en febrero de 1839 e ingresó muy joven en la marina de guerra, habiendo tomado parte, en los primeros tiempos de su carrera, en las operaciones navales de Marruecos (1859-60), en la de Joló, en la de Cuba y en la de los car-



Boceto del mausoleo del almirante D. Pascual Cervera y Topete que se erige en Madrid, en el Panteón de Españoles Ilustres de la iglesia de Atocha, obra del escultor Sr. Borrás. (Fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

se merece el nombre del gran maestro, añadiendo que así como Pudis de Chavannes tiene en Lión una sala en donde puede admirarse su arte, y Enrique Martín otra en Tolosa, y Arnoldo Boecklm otra en Basilea, debiera Barcelona en sus museos rendir a Anglada el homenaje que se merece.

Las manifestaciones del Sr. Masriera fueron acogidas con largos y calurosos aplausos.

Hermenegildo Anglada, en extremo emocionado,

listas, así como en la defensa del arsenal de la Carraca. En premio a sus brillantes servicios, obtuvo varias cruces del Mérito Naval y del Mérito Militar, una encomienda de Isabel la Católica, la placa de San Hermenegildo, las medallas de Africa, Joló, la Carraca, Cuba y de la guerra civil, y el título de benemérito de la patria. Su comportamiento en Santiago de Cuba, cuando la guerra con los Estados Unidos, le valió la admiración de propios y extraños.